cuadernos de NEGACIÓN

CONTRA LA VALORIZACIÓN DE LA VIDA

11

mayo de 2018

cuadernos de
NEGACIÓN

No tenemos nada que venderle a nuestros hermanos de clase, nada con qué seducirlos. No somos un grupúsculo compitiendo en prestigio e influencia con los demás grupúsculos y partidos que dicen representar a los explotados, y que pretenden gobernarlos. Somos proletarios que luchan por acabar con el Capital y el Estado con los medios que tenemos a nuestro alcance, nada más y nada menos.

Si sentís que estos materiales deben ser difundidos… ¡A reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! Fueron realizados para circular por donde se considere más conveniente.

Por obvias razones económicas no podemos realizar una gran tirada de esta publicación como lo deseamos, ni tampoco enviarlo a muchos lugares del mundo, por ello alentamos a la distribución de los Cuadernos copiándolos y haciéndolos correr como mejor se pueda.

Agradecemos profundamente a quienes vienen colaborando con la difusión de los números de Cuadernos de Negación y los invitamos a ponerse en contacto.

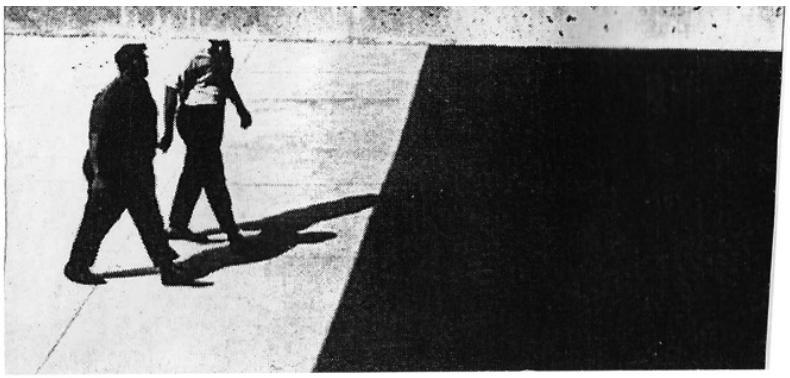
¡Adelante compañeros!

cuadernosdenegacion@hotmail.com
cuadernosdenegacion.blogspot.com

CONTRA LA VALORIZACIÓN DE LA VIDA

11

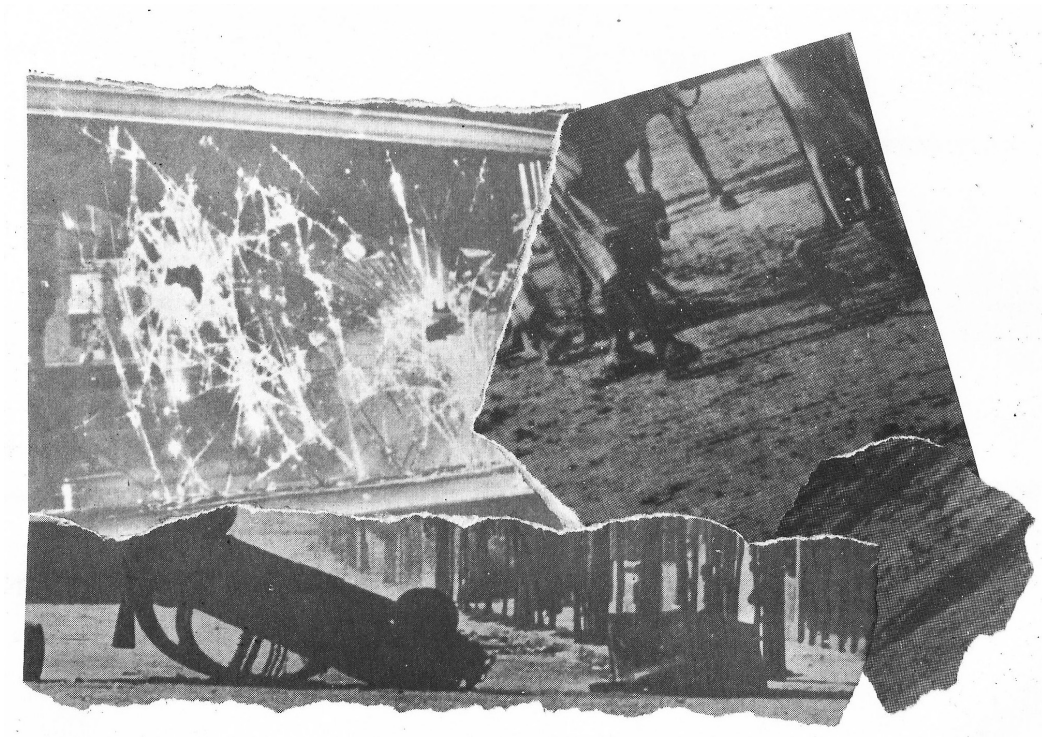
Presentación - 01
Mercancía y valor - 03
Acerca de los fundamentos lógicos e históricos de la sociedad capitalista - 07
El trabajo abstracto y el valor como abstracción real - 10
La ley del valor - 12
Crítica a las críticas de la teoría marxiana del valor - 14
La valorización del valor: el plusvalor - 18
Contradicciones capitalistas - 27
Notas sobre el capital ficticio - 31
No hay política contra la dictadura del valor - 35



ADVERTENCIA SOBRE LAS CITAS

No es nuestra tarea anunciar novedades ni resguardar un antiguo tesoro, sin embargo, muchos de quienes se dispongan a leer podrán encontrar aquí pequeñas y grandes revelaciones así como viejos enunciados. Desde Cuadernos, nos gusta compartir algunos párrafos bien dichos de las diferentes publicaciones, libros, textos y papeles que utilizamos al momento de preparar cada número. Cuando reproducimos estas citas, nombramos a sus autores simplemente para dejar visibles los pasos de algunos de nuestros recorridos e invitar a seguir profundizando. Quien lea con atención sabrá distinguir entre la cercanía de un autor u otro. En su gran mayoría se trata de afines, pero esto tampoco implica una reivindicación acrítica de ellos o de las organizaciones de las que forman o formaron parte. Y quien lea con la intención de reflexionar, pero también de transformar la realidad, comprenderá que todo esto se trata de algo más que libros, panfletos, autores y palabras.

Los textos aquí citados (y otros) están disponibles en:
bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com



PRESENTACIÓN

> «No hay otro medio, para finalizar con el problema, que acabar con el enemigo. He aquí donde quería llegar, para hacerte comprender sobre qué bases está fundada la sociedad actual.» (Conde de Lautréamont, *Cantos de Maldoror*)

En el amplio y autodenominado medio *revolucionario, combativo, subversivo o como–quiera–llamarse* existe una propensión a divulgar las consignas que mejor luzcan en un cartel para llevar a cabo su promoción. Proseguir la lógica capitalista de cantidad sobre calidad conlleva impartir anuncios publicitarios en perjuicio de la reflexión, la investigación y la puesta en común colectivas. De este modo, se publicita la militancia como una mercancía a contemplar y admirar sin participación de los espectadores; o en el "menos peor" de los casos se la promociona de manera "inclusiva" para adherir simpatizantes, prometiendo un activismo o militancia inmediata.

La comprensión de cuestiones tales como la *crítica del valor* no podrá brindar a ningún consumidor de eslóganes políticos una solución rápida a sus dolencias tal como prometen ¡y tampoco logran! los partidos, los publicistas o los pastores del templo más cercano. El comprometerse con estas críticas es importante para entender la dominación capitalista y asumirlas como parte fundamental de nuestra lucha. Quien se enfrente a la crítica de la economía con la actitud del consumidor que exclama «tenés cinco minutos para convencerme o elijo otra opción» que no pierda sus cinco minutos y vaya directamente hacia otra opción. La dedicación y el esfuerzo de la crítica radical son parte de la oposición práctica a la lógica del Capital y sus falsos críticos.

Justamente esa mentalidad basada en el inmediatismo dominante es un producto de la lógica mercantil. La mercancía que quiere triunfar tiene que asegurar un efecto inmediato. Desde luego ese efecto inmediato de la mercancía es totalmente falsificador. En la vida orgánica las soluciones a cuestiones ("problemas") son parte de un proceso, de un movimiento, no una solución matemática. Es evidente que ese proceso, ese movimiento, contiene saltos cualitativos que dan "solución" a la cuestión, pero el que quiere inventar atajos para alcanzar rápidamente ese salto cualitativo olvida que es en el camino donde lo cuantitativo se transforma en cualitativo.

De todos modos, y aunque parezca inverosímil o forzado, hay acciones que precisan urgentemente de la crítica del valor. Para no abocar nuestras fuerzas en diversas maneras de sostener el capitalismo, cayendo en la trampa autogestionista o en el reformismo más puro y duro. Y, principalmente, **para dejar de compartir el mismo horizonte que los capitalistas: gestionar esta sociedad.** Por ello nos interesamos en indagar las bases del sistema capitalista de producción... ¿aún parece poco importante?

Pese a hallarse en la obra de Karl Marx, debido al *consignismo* y a la perspectiva gestionista del marxismo y la socialdemocracia, este tema ha sido censurado, deliberadamente dejado de lado, o considerado un aspecto filosófico secundario del arsenal revolucionario en general y de la obra de Marx en particular. En cuanto al movimiento anarquista, este ha sido un tema mayoritariamente despreciado por "marxista" o directamente se desconoce su existencia.

«Marx bosquejó los elementos fundamentales de una crítica de las categorías básicas de la sociedad capitalista: el valor, el dinero, la mercancía, el trabajo abstracto, el fetichismo de la mercancía. Esta crítica del núcleo de la modernidad es hoy más actual que en la propia época de Marx porque entonces dicho núcleo no existía más que en estado embrionario. Para destacar este aspecto de la crítica marxiana —la «crítica del valor»— no es necesario forzar los textos mediante interpretaciones alambicadas: basta

con leerlos atentamente, algo que casi nadie ha hecho durante un siglo.» (Anselm Jappe, *Las aventuras de la mercancía*)

Afortunadamente hubo quienes, incluso desde el autodenominado marxismo, a partir de un esfuerzo personal y solitario o también numerosos grupos proletarios, han reconocido acertadamente la centralidad de la crítica del valor para nuestra perspectiva emancipatoria. A lo largo de este número, explicitaremos varias de estas expresiones de las que nos hemos nutrido. Ejemplos notables son el esfuerzo de Isaak Illich Rubin durante el hostil contexto social en los inicios de la Unión Soviética, o los esfuerzos de las corrientes comunistas italianas y germano–holandesas durante la década del 20. También Jacques Camatte desde la publicación *Invariance* en Francia durante los 60/70 y Fredy Perlman desde Estados Unidos, como parte de toda una generación que comenzaba a tener acceso a materiales otrora inéditos de Karl Marx. Luego vendrían otros autores o grupos anticapitalistas de los cuales también nos hemos nutrido y que aquí ponemos en común.

Por lo tanto, lo que exponemos no es ninguna novedad. Incluso ya Aristóteles (384 a. C. – 322 a. C.), en *La política*, lejos de cualquier intención crítica abordaba el tema: «Puesto que todo bien puede servir a dos usos… Uno es propio a la cosa como tal, no es así el otro: así, una sandalia puede servir de calzado, pero también como objeto de cambio. Se trata, en ambos casos, de valores de uso de la sandalia, puesto que quien cambia la sandalia contra aquello que le falta, alimentos por ejemplo, se sirve él mismo de la sandalia. Pero no es ese su uso natural. Ya que ella no está hecha para ser cambiada, dígase lo mismo para otros bienes.»

Es esencial remarcar que el valor no es una cosa, no es el precio individual de una mercancía, es una forma social. Como desarrollábamos en *El mito del valor como cualidad natural* en el nro 9. de esta publicación, **los objetos no poseen naturalmente una cualidad llamada valor. Esta es consecuencia del modo en que la sociedad organiza su producción. El valor y la mercancía, así como el dinero o el trabajo no son datos neutrales y transhistóricos, y mucho menos naturales y eternos, se trata de categorías básicas del capitalismo.** Lo lamentable a estas alturas es que no solo el razonamiento burgués, sino argumentos que se reclaman revolucionarios aceptan el valor como un dato natural y otros hasta reivindican al proletariado como "quienes crean todos los valores de la sociedad que unos malvados burgueses luego se apropian".

Así, la crítica a las ganancias "indecentes" avala la noción de ganancias supuestamente decentes, y se quiere comprender la brutalidad cada vez mayor del capitalismo como consecuencia de la malicia del explotador, sin vislumbrar que el mismo explotador está exigido por el Capital en su constante crecimiento. **El fundamento de la sociedad capitalista es la dictadura del valor en proceso y la utilidad de los objetos producidos son solo un medio, el llamado valor de uso es solo un soporte del valor de cambio, del valor valorizándose.**

Cuando en los números anteriores de Cuadernos de Negación nos referimos a nuestra necesidad de reapropiación de las posiciones revolucionarias, no nos referimos simplemente a la recuperación de algo acabado que fue censurado y olvidado. Nos referimos a la necesidad de recuperar experiencias teórico–prácticas de revolucionarios de todo el mundo y continuar profundizándolas, criticándolas y empuñándolas en los tiempos que corren.

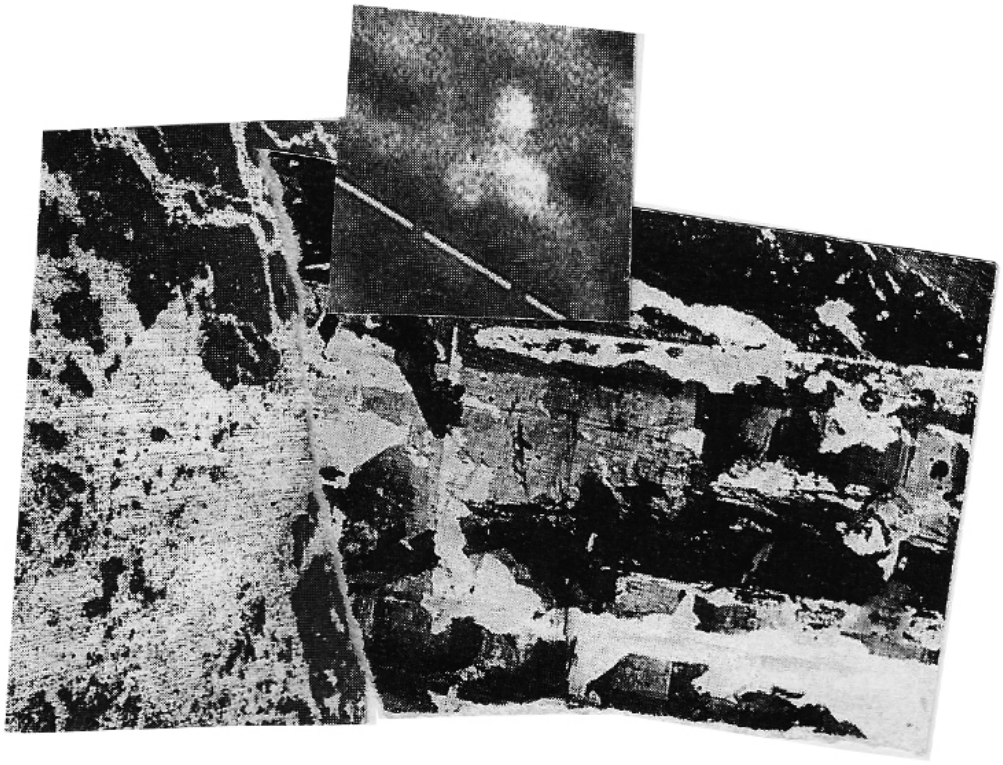
Además, es importante destacar que tanto nosotros como también otras iniciativas internacionales que vuelven a hacer eje en la crítica del valor, no llegamos a la misma a través de la mera lectura y discusión teórica. Nos aproximamos a los esfuerzos del pasado por la necesidad de luchar contra el sustrato mismo de la sociedad capitalista. Nuestra tarea entonces no es una arqueología de escrituras perdidas, es el esfuerzo vivo y de clase de nuestro pasado, presente y futuro por la revolución social.

Luego de las dos entregas anteriores de Cuadernos, y continuando con este bloque de números, **volvemos a adentrarnos en la crítica de la economía, que como siempre remarcamos: es una crítica a la sociedad en su conjunto.** Se nombra de esta manera porque parte de categorías económicas mostrando su contenido social real. No es economicista sino todo lo contrario, se opone rotundamente a la economía, y rompe con toda barrera disciplinaria.

«No hay lucha por el comunismo sin un mínimo de pasión, y la identificación de lo que consideramos como un enemigo. Matar no es, obviamente, sinónimo de comunismo: una revolución comunista subvierte más de lo que elimina. (...) Sin embargo, rehusarse a la violencia, y rechazar de antemano cualquier uso de las armas, es renunciar a la revolución (...)

Es cierto que nuestro "objetivo" es un sistema social, y no los jefes, ejecutivos, expertos y la policía que pone a su servicio. Un punto fuerte de la socialdemocracia y del estalinismo fue equiparar el capitalismo con la burguesía, los ricos, los grandes señores. **Al igual que en el caso del fetichismo de la mercancía, la relación social se presenta entonces como una cosa, encarnada a veces por una persona panzuda y con un puro, vieja caricatura del burgués de hace más de un siglo. (...) El mantenimiento de la agresividad en contra de estos personajes ayuda a desviar las críticas hacia una vía muerta: atacar a la burguesía en cuanto individuos y no por su función.**

Si bien nuestro objetivo es el Capital, su fuerza estructurante y también su fuerza de inercia, y no el capitalista; no es menos cierto que las relaciones sociales capitalistas siguen adquiriendo figuras humanas. No ver en el director de una fábrica sino el director de una fábrica es una ilusión óptica. No enfrentarse a él con el pretexto (exacto por cierto) que él mismo no es sino un engranaje en un conjunto que le supera, equivale a ver la sociedad como un todo sin poder abordar una parte de esta totalidad. **Despersonalizar la historia, es renunciar a actuar. No detestar a los que nos dominan lleva a la peor de las resignaciones, en el mejor de los casos a la reforma.** Quien no conoce o no se atreve a experimentar un rechazo hacia aquellos que le explotan y le desprecian, no va a cambiar nunca muchas cosas.» (Troploin, *Salida de la fábrica*)



MERCANCÍA Y VALOR

Las aventuras de la mercancía

Extractos de *Las aventuras de la mercancía,* Anselm Jappe. Traducción de Diego Luis Sanromán, Pepitas de calabaza, 2016. La ubicación de los títulos y las negritas son nuestras.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Como ya hemos desarrollado en Cuadernos anteriores, en el núcleo de la sociedad capitalista encontramos a la mercancía. Esta es la forma particular que toman los productos de la actividad humana en la era actual. Su desarrollo no es espontáneo, ni tampoco puntual. Su existencia es el resultado de un proceso progresivo de sumisión de las necesidades humanas a las prácticas fetichistas y objetivantes, que gradualmente van socavando la estrecha vinculación entre necesidad y actividad. Es así que se fragmenta la vida, y se llega a una situación en la cual la abrumadora mayoría de lo producido, se hace con vistas al mercado y al proceso de intercambio. Al ser producidas para el intercambio, las mercancías no interesan en tanto que valor de uso, sino en relación con el bien que se obtendrá en contrapartida (valor de cambio). Lo que es valor de uso para uno, no es más que valor de cambio para el otro, y recíprocamente.

A simple vista un pan es un pan, se encuentre en manos del panadero, en una publicidad o en la mesa del comensal. Incluso al pasar de manos del panadero al consumidor previo pago, no cambia su existencia como pan. Sin embargo, y simplificando un poco en este comienzo, para el consumidor el pan es un valor de uso y para el vendedor es el soporte de una relación económica. Cada pan producido para el intercambio tiene como objetivo convertirse en más dinero. Si logra satisfacer el hambre o las ganas de comer de alguien en ese camino es algo que no interesa al productor mientras pueda cumplir con su objetivo. De este modo, las relaciones sociales en el capitalismo se encuentran invertidas: son relaciones sociales entre cosas mediatizadas por los seres humanos. **Es la inversión entre sujeto y objeto que da vida a la cosa como sujeto de la sociedad y deja al humano en el papel de objeto.** El valor es la expresión material de las relaciones sociales capitalistas.

La mercancía no es idéntica al "bien" o al "objeto intercambiado". Es la forma particular que asume una parte, mayor o menor, de los "bienes" en ciertas sociedades humanas. **La mercancía es de entrada un objeto que no solo posee un valor de uso, sino también un valor de cambio.** Todo objeto que satisface una necesidad humana cualquiera tiene un valor de uso que, sin embargo, en cuanto tal, no es una categoría económica.[1] Pero

1 Nota CdN: El valor de uso ha sido frecuentemente desplazado de la economía, así como también no se ha comprendido en algunos casos su importancia en la crítica de la economía que estamos tratando de abordar a lo largo de los últimos números de Cuadernos. Para indagar en este sentido recomendamos ver *El fetichismo de la mercancía* en Cuadernos nro. 9.

A su vez, si bien el autor se está refiriendo a las mercancías en tanto bienes u objetos, nos parece importante hacer una salvedad que profundizaremos más adelante en la sección *Explotación capitalista: salario, trabajo y fuerza de trabajo.* Como veremos, el valor de uso adquirirá una importancia decisiva en el capitalismo en lo que concierne a la mercancía fuerza de trabajo. Los economistas, desde los clásicos hasta los actuales, asocian el valor de uso de las mercancías al mero consumo privado, que se da al margen de la economía, que no tiene importancia en la misma. Una vez una mercancía pasa a usarse, a consumirse, acaba su rol en el proceso económico. Efectivamente, si yo compro un libro, poco importa al proceso de producción capitalista que lo lea, que lo use para adornar una habitación, que lo use como arma arrojadiza si es un mamotreto, o por puro fetiche del coleccionista. Ese libro ya ha cumplido su función social, ha reportado dinero a su vendedor que rápidamente ha ido a parar a las arcas de acumulación

en la medida en que un objeto es intercambiado en cantidades determinadas por otros objetos, también posee un valor de cambio. Como valores de cambio, las mercancías no conocen más que determinaciones cuantitativas. **Si se cambia una camisa por treinta kilos de patatas, tratamos estas mercancías como cantidades diferentes de algo idéntico que deben tener en común.** En cuanto valores de uso, las mercancías son totalmente inconmensurables. La camisa y la patata no tienen nada en común. Las relaciones en las que las mercancías se intercambian, y en consecuencia sus valores de cambio, están sometidas a variaciones continuas. Pero en un momento dado, el mismo producto se intercambia por diferentes valores de cambio que son iguales entre sí: una camisa puede cambiarse ya sea por un gramo de oro, ya sea por diez kilos de trigo, un par de zapatos, etc. **Es preciso, pues que estos diferentes valores de cambio tengan en el fondo algo en común: su "valor"**.

Esa sustancia común de las mercancías no puede ser otra cosa que el trabajo que las ha creado: es lo único que es idéntico en mercancías por lo demás inconmensurables. El trabajo tiene su medida en su duración y, en consecuencia, en su cantidad: el valor de cada mercancía depende de la cantidad de trabajo que ha sido necesario para producirla. A este respecto, importa poco en qué valor de uso se concrete dicho trabajo. Una hora empleada en coser un vestido y una hora empleada en fabricar una bomba siguen siendo una hora de trabajo. Si han sido necesarias dos horas para fabricar la bomba, su valor es doble con relación al vestido, sin tener en cuenta su valor de uso. La diferencia cuantitativa es la única que puede existir entre los valores: si los diferentes valores de uso que tienen las mercancías no cuentan para determinar su valor, tampoco lo hacen los trabajos concretos que las han creado. El trabajo que conforma el valor no cuenta, pues, más que como puro gasto de tiempo de trabajo, sin consideración por la forma específica en la que se ha gastado. **A esta forma de trabajo, en la que se hace abstracción de todas sus formas concretas, Marx la llama «trabajo abstracto».** Los valores de las mercancías no son entonces más que "cristalizaciones" de esa «gelatina de trabajo humano indiferenciado» (*El Capital I*). El valor —no confundir con el valor de cambio— es una cantidad determinada de trabajo abstracto "contenida" en la mercancía. La mercancía es, pues, la unidad del valor de uso y del valor, así como del trabajo concreto y del trabajo abstracto que los han creado.

Aquí no hablamos del tiempo de trabajo que el individuo concreto ha empleado efectivamente para producir su mercancía. El valor está determinado más bien por el tiempo que, en una sociedad particular, con un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, es necesario de media para producir la mercancía en cuestión. Si una hora es suficiente para coser un vestido en condiciones medias, su valor es de una hora y el sastre que emplee una hora y media será remunerado solo por una hora de trabajo. Marx llama a este tiempo el «tiempo socialmente necesario».[2] Así pues, **todo cambio en la productividad del trabajo afecta el valor de las mercancías. Si un nuevo invento permite producir en una hora diez camisas en lugar de una, tras la difusión de dicho invento cada camisa no contendrá más que seis minutos de trabajo social, por más que las personas incapaces de recurrir a ese invento continúen empleando una hora para coser una camisa.**

Naturalmente, **no se trabaja dos veces para producir una mercancía, realizando una vez un trabajo concreto para producir un valor de uso y la otra un trabajo abstracto para producir un valor de cambio.** Es más bien el mismo trabajo el que presenta un carácter doble: de un lado es trabajo abstracto y del otro, trabajo concreto. En cuanto trabajo concreto, es la multitud infinita de los trabajos que producen objetos diversos en toda sociedad en la que domina la división del trabajo. Este trabajo conoce diferencias cualitativas: una vez se trata de tejer, otra de conducir un coche, otra de labrar la tierra, etc. En cuanto trabajo abstracto, todos los trabajos no cuentan más que como «gasto productivo de cerebro, músculos, nervios, manos, etc., humanos, y en este sentido son ambas trabajo humano» (*El Capital I*). El trabajo abstracto, el trabajo en cuanto tal, no conoce más que diferencias cuantitativas: unas veces se trata de

---

del Capital. Es lógico que los economistas no vayan más allá, que el conjunto les prive de la singularidad de la fuerza de trabajo, que no vean entre la abigarrada serie de mercancías que pululan en el mercado una cuya importancia decisiva en el capitalismo viene de su valor de uso. Es lógico en los economistas pues sobretodo son representantes del Capital y expresan el limitado punto de vista del burgués. Junto a ellos toda una serie de críticos incapaces de romper con esa lógica siguen esa línea.

El proletariado por contra, comprende que el valor de uso de la fuerza de trabajo y su consumo tiene un rol fundamental en el capitalismo. Lo comprende, sobre todo, porque es el eje sobre el que se apoya la explotación capitalista y recae sobre la espalda de nuestra clase. La mercancía fuerza de trabajo tiene una peculiaridad, su uso no es como el del libro o el de cualquier otra mercancía. Su peculiaridad es que, al usarse, crea valor y plusvalor. Aunque la lógica burguesa no comprende, ni le importa, esta realidad de la fuerza de trabajo, no pasa por alto que al pagar la fuerza de trabajo tiene que poner todo su empeño en exprimir al máximo el uso de esa mercancía con un fin específico, la creación de valor. El consumo de esa mercancía, el uso de la misma en el proceso de producción es el motor del capitalismo, el eje sobre el que dinamiza su vida el Capital y se valoriza. Sufrir y percibir esta realidad es un pilar para la edificación de la crítica de la economía, sobre la crítica de este eje se cimenta lo fundamental. **De ahí la importancia de comprender el valor de uso como categoría económica fundamental en el intercambio de capital y trabajo.**

2 Nota de CdN: Debemos forzarnos a pensar ese "necesario" en términos del Capital. Entonces, el tiempo de trabajo socialmente necesario es el tiempo de trabajo que se incorpora a la mercancía en la totalidad de los procesos de trabajo que llevan a su conclusión, determinado por las condiciones de productividad promedio en cada momento. Es por eso que las mercancías producidas hace una década no solo se desvalorizan porque "pasaron de moda" o porque ya se fabrican otras mejores, sino porque en general, diez años después, insume menos tiempo producirlas.

Además, como veremos más adelante, si un proceso de trabajo capitalista descubre como minimizar el tiempo de trabajo que le insume su producción, tendrá una ventaja comparativa respecto a los otros capitalistas, y solo si ese proceso de trabajo se generaliza es que el valor se estabilizará tomando a este como referencia.

trabajar una hora, otras diez horas. Los trabajos más complejos cuentan como una forma multiplicada de trabajo simple: una hora de trabajo de un trabajador muy especializado puede "valer" diez horas de trabajo de un peón. Esta reducción se produce automáticamente en la vida económica.

En la inversión que caracteriza ya a la mercancía particular, lo concreto se vuelve un simple portador de lo abstracto. No tiene existencia social más que en la medida en que sirve a lo abstracto para darse una expresión sensible.

La abstracción de toda cualidad sensible, de todos los valores de uso, no es un resumen mental, como cuando hacemos abstracción de los diferentes géneros de animales para hablar del "animal", que sin embargo no existe como tal. La mejor expresión de la esencia de esta abstracción real se encuentra en un pasaje de la primera edición, que desgraciadamente Marx no reprodujo en las siguientes ediciones: «Es como si, además de leones, tigres, liebres y de todos los restantes animales reales, que agrupados conforman los diversos géneros, especies, subespecies, familias, etc. del reino animal, existiera también el animal, la encarnación individual del reino animal en su conjunto. Tal ser particular, que engloba en sí mismo todas las especies realmente existentes de la misma cosa, es un universal, como animal, dios, etc.» (*Das Kapital*, 1ra. edición, 1867).

En la sociedad mercantil, **los trabajos no son intercambiables, y en consecuencia sociales, más que en la medida en que son abstractos.** La mercancía no puede intercambiarse antes de que se haya transformado en dinero, porque el dinero es la única mercancía que puede intercambiarse directamente por cualquier otra mercancía. Ninguna mercancía, pues, posee en sí misma la capacidad de poder ser intercambiada; esta capacidad existe para ella bajo la forma de un objeto exterior (el equivalente, el dinero) en el cual debe aspirar a transformarse. En una sociedad mercantil, la capacidad de ser intercambiados de los productos individuales no reside, pues, en su carácter concreto y útil, sino que debe existir al margen de los productos y de su utilidad, separada de ellos.

El valor contra la comunidad humana

En la producción de mercancías, la forma natural del producto individual del trabajo sirve solo como "portadora" del valor de cambio. Para participar en el intercambio —y en consecuencia, en el mundo de las mercancías—, el producto del trabajo tiene que desdoblarse. Esto no es un fenómeno universal, pues, como ya hemos dicho, en las sociedades no basadas en la producción mercantil el producto individual del trabajo posee su carácter social ya en sí mismo y no tiene necesidad de adquirirlo igualándose a una cosa que existe fuera de él.[3]

Por eso podemos decir que **el valor, incluso en la forma que parece más inocente —a saber, «veinte metros de tela tienen el valor de un traje»—, es ya la causa y la consecuencia de una formación social en la que los hombres no regulan conscientemente sus relaciones de producción.** Cuando Marx escribe: «la objetivación del carácter general, social del trabajo (y por tanto del tiempo de trabajo que está contenido en el valor de cambio) hace precisamente de su producto un valor de cambio» (*Grundrisse I*), dice muy claramente que no solo la transformación del producto en el valor de cambio, sino también el hecho, aún más neutro en apariencia, de que el trabajo, en la forma de tiempo de trabajo, se represente en el valor, no constituye un dato originario, sino que son ellos mismos consecuencia de una cierta forma de socialización: aquella que se basa en el trabajo de productores privados separados. La objetivación del tiempo de trabajo es una consecuencia de la objetivación del carácter social del trabajo, de su cualidad de ser vínculo social.

El valor no es otra cosa que una forma social de organización. Su producción no enriquece a la sociedad; es la creación de un vínculo social que no es creado en la producción misma, sino que existe al lado de esta en una forma exteriorizada. Cada vez que oigamos hablar de "sobreproducción", es preciso preguntar: ¿sobreproducción de valor o de riqueza? «No se produce demasiada riqueza. Pero periódicamente se produce demasiada riqueza en sus formas capitalistas, antagónicas» (*El Capital III*), por más que no podamos llamarlo realmente "riqueza", pues «la autovalorización del capital —la creación de plusvalía—» es un «contenido absolutamente mezquino y abstracto» (*Capítulo VI inédito de El Capital*).[4]

¿Cuál es ese contenido? El dinero es la única finalidad de la producción. Sin embargo, el dinero no es la universalidad concreta de los valores de uso producidos, sino la universalidad abstracta del valor producido y, en consecuencia, del trabajo abstracto gastado.

El valor se interesa solamente por su propia cantidad. Le es indiferente saber cuáles son los valores de uso que le sirven de soporte, de "cuerpo de mercancía": trigo o sangre contaminada, libros o videojuegos. La sociabilidad está privada de todo contenido concreto, y la relación social se reduce al intercambio de cantidades.

Es por razones bien precisas, y no por una simple recriminación moralista o existencialista, por lo que podemos decir que la vida social misma se vuelve abstracta. Este tipo de abstracción no es un mal hábito mental que se pueda curar reemplazando las ideas falsas por ideas justas. Es más bien la subordinación muy real del contenido concreto a la forma abstracta la que es puesta en cuestión con el concepto de abstracción real. Solo como consecuencia de una larga costumbre

3 Nota de CdN: Hablar del producto individual del trabajo previo a la mercancía implica atribuir al trabajo y al individuo de una transhistoricidad que el autor crítica en su texto capítulos más adelante, de las que no forman parte estos extractos.

4 Nota de CdN: Muchos autores han establecido una diferencia tajante entre riqueza y valor como forma capitalista de la riqueza. Si bien quizás no es la mejor palabra, es importante distinguir que no podemos pretender distinguir al capitalismo y al comunismo en los términos mercantiles de abundancia o escasez, sino como una completa redefinición de las necesidades humanas, de la riqueza social.

la conciencia normal deja de apercibirse de que es una locura que, por ejemplo, la contaminación atmosférica "valga menos" que las pérdidas que una limitación del tráfico rodado infligiría a la industria del automóvil. Con anterioridad a todo juicio moral, aquí la locura reside ya en el hecho de medir dos cosas completamente diferentes —la salud de los individuos y los intereses de la industria— con el mismo parámetro cuantitativo, y además abstracto; es decir, con el dinero. Aquí vemos como las consideraciones aparentemente muy "abstractas" sobre el trabajo abstracto pueden llegar al corazón de los problemas de hoy.

No exageramos mucho al afirmar que la inversión de la fórmula M–D–M en D–M–D' encierra dentro de sí toda la esencia del capitalismo.[5] La transformación de trabajo abstracto en dinero es el único fin de la producción mercantil; toda la producción de valores de uso no es más que un medio, un mal necesario, con vistas a una sola finalidad: disponer al término de la operación de una suma de dinero mayor que al principio. La satisfacción de las necesidades no es el fin de la producción, sino un aspecto inevitable y secundario. La inversión entre lo concreto y lo abstracto que hemos considerado en primer lugar, de una forma abstracta, en las relaciones entre dos mercancías, se revela ahora como la ley fundamental de toda una sociedad, la nuestra, donde lo concreto sirve solo para alimentar la abstracción materializada: el dinero.

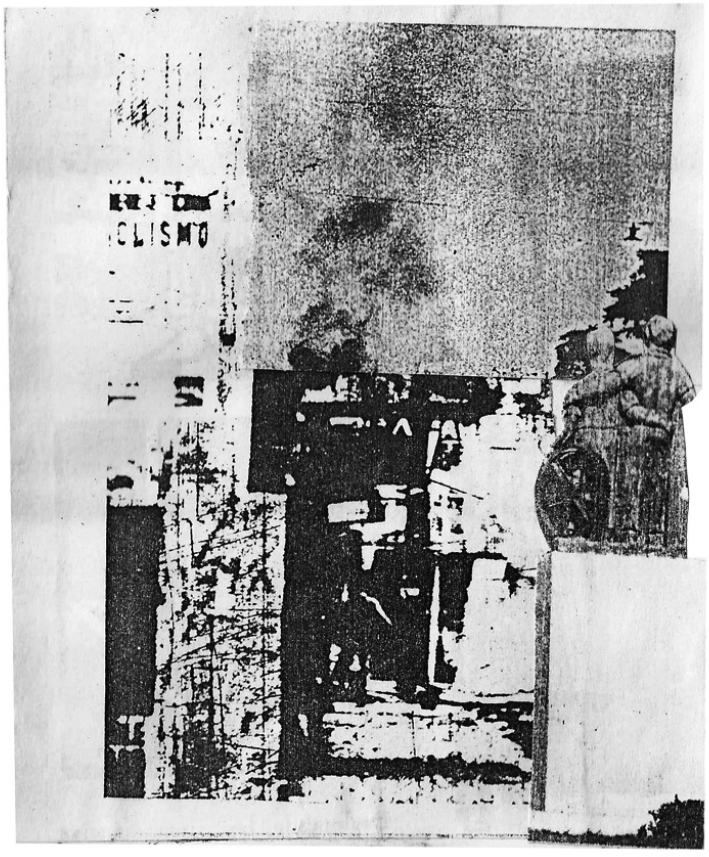
---

5 Nota CdN: Inicialmente la forma directa por la cual circulan las mercancías, y por lo tanto el dinero, es M–D–M, o sea, la transformación de una mercancía en dinero, a partir de la venta de, por ejemplo, un libro, y la compra, con el dinero recibido a cambio, de otra mercancía, por ejemplo, un pantalón: *vender para comprar*. En este tipo de circulación, el dinero termina siempre en una mercancía que se emplea como valor de uso, es decir, el dinero sale de la circulación para ser consumido. Pero, del proceso histórico surge otra forma específicamente distinta: D–M–D, la transformación del dinero en mercancía y de esta nuevamente en dinero, es decir, *comprar para vender*. Su resultado sería entonces el intercambio de dinero por dinero, D–D. Este ciclo aparentemente absurdo, revela sin embargo una diferencia fundamental: mientras en la primera forma de circulación la mercancía inicial y la final se diferencian *cualitativamente* entre sí (libro y pantalón, por ejemplo), en esta forma la diferencia entre el dinero inicial y el final es meramente *cuantitativa*, el proceso acaba siempre por sustraer a la circulación más dinero del que en ella se lanzó. La fórmula completa es por lo tanto: D–M–D', donde D' es la suma de dinero desembolsada en un comienzo más un incremento; un incremento llamado plusvalor. Por lo tanto, el valor puesto inicialmente en circulación, no solo se conserva en ella sino que su magnitud de valor experimenta un cambio, se incrementa con un plusvalor, se *valoriza*. Y este es el proceso por el cual el dinero se transforma en capital y, su fórmula, es la *fórmula genérica del capital*. **La circulación del dinero como capital lleva en sí mismo su fin** porque que la *valorización del valor* solamente ocurre dentro de este proceso constantemente renovado, es un movimiento incesante. (Cuadernos de Negación nro. 10, *El Capital solo quiere más Capital*)

ACERCA DE LOS FUNDAMENTOS LÓGICOS E HISTÓRICOS DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA

Esta sociedad es guiada por el crecimiento incesante del Capital, no por la satisfacción de necesidades. Esto puede conducirnos a la crítica de aquellos que mejor representan esa guía y lucran con el trabajo ajeno en pos de la misma. Pero se trata de ir más allá para superar una sociedad que necesita de esa clase de personas y de la cual todos formamos parte. Por lo tanto, se trata de poner en cuestión las categorías más básicas de la sociedad capitalista y la totalidad de relaciones sociales que experimentamos bajo su dominio. **Cuando cada vez más aspectos de la vida son mercantilizados, nuestra crítica no puede detenerse en aquello, debemos ir a la raíz: la propia existencia de la mercancía.**

La forma mercancía así como las diferentes formas capitalistas[6] desde hace miles de años se han ido desarrollando hasta sus manifestaciones actuales. Para comprender las razones de su existencia, sus relaciones y su dinámica recurrimos a analizarlas en sus diferentes determinaciones y a través de diferentes niveles de abstracción. Por ejemplo, en el nro. anterior, hablábamos de las diferentes determinaciones del dinero: como medida de los intercambios, como medio para los mismos, como acumulación de riqueza, como objetivo supremo de la sociedad capitalista, como Capital. Marx, en su análisis de la forma valor, habla también de sus diferentes determinaciones: forma simple, forma desarrollada, forma general, forma dinero. No es la intención profundizar aquí en cada una de esas formas, sino comprender dos dimensiones al momento de indagar en las mismas: una lógica y otra histórica. Como decíamos, **en la crítica del capitalismo recurrimos a diferentes niveles de abstracción desde lo más simple a lo complejo, que no necesariamente se condicen con una temporalidad cronológica.** Si hacemos énfasis en esta distinción se debe a que, en la búsqueda de la raíz de la sociedad capitalista, es importante distinguir entre las causas de su surgimiento, y las condiciones de su existencia actual. **Si bien el capital surge de la mercancía, es solo con el Capital que la totalidad de la producción asume la forma mercantil.**



«La forma de valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, a la vez, como algo histórico.» (Karl Marx, *El Capital*)

Lo que intentamos analizar y criticar, entonces, es la estructura y el funcionamiento de la sociedad actual. En este sentido, si bien es importante recurrir a los desarrollos históricos y datos empíricos, también es necesario prevenir ciertas incomprensiones o interpretaciones tendenciosas de la historia.

6 Hablamos de formas sociales y no simplemente de categorías o conceptos, porque se trata del resultado de relaciones sociales concretas y que se van modificando con el transcurso del tiempo.

Para introducirnos con un ejemplo, en las discusiones sobre el valor es recurrente, desde la ideología dominante, el intento de negar al trabajo como sustancia del mismo. Es decir, negar que el intercambio de mercancías se establece por el tiempo de trabajo que tienen incorporado. Para ello, se han realizado diferentes teorizaciones acerca de la fijación de los precios, que muchas veces ni siquiera distinguen entre valor y precio, donde los mismos dependerían de ciertas características de las diferentes ramas productivas (monopolios, oligopolios, etc.), de las políticas monetarias de los Estados, de la oferta y la demanda, e incluso, de las apreciaciones subjetivas de quienes participan en el mercado.

Más adelante nos detendremos a profundizar sobre esta distinción entre valor y precio, y explicar como si bien las mercancías no se compran y venden exactamente a su valor (e incluso su cálculo preciso en tiempo de trabajo es imposible de realizar) la magnitud de los precios está determinada en primer lugar por la cantidad de trabajo que tiene incorporada. Esto es lo que se conoce como *ley del valor*, que explica el movimiento de los precios, pero no su fijación exacta.

En sus notas finales al tercer tomo de *El Capital*, Engels busca demostrar el «pleno funcionamiento de esta ley» en estadios previos al capitalismo: «Otro tanto vale para el intercambio entre productos de los campesinos y de los artesanos urbanos. Al comienzo, ese intercambio tiene lugar de manera directa, sin intermediación del comerciante, en los días de mercado en las ciudades, que es cuando el campesino vende y efectúa sus compras. En ese caso, asimismo, no solo el campesino conoce las condiciones de trabajo del artesano sino que también este conoce las del campesino. Pues el mismo es aún un poco campesino, no solo tiene un huerto, sino muy a menudo también una pequeña parcela de campo, una o dos vacas, cerdos, aves de corral, etc. De ese modo, los hombres de la Edad Media estaban en condiciones de efectuar, cada uno de ellos, el cálculo de los costos de producción del otro en cuanto a materias primas, materiales auxiliares, tiempo de trabajo, con cierta precisión, cuando menos en lo que a artículos de consumo diario y generalizado respecta.»

Tomamos este ejemplo, ya que pone de relieve lo que mencionábamos acerca de la dimensión lógica e histórica de los conceptos, donde el funcionamiento más elemental de la sociedad capitalista no necesariamente coincide con las relaciones mercantiles que la prefiguraron. Es una tentación buscar en el pasado la manifestación concreta de las abstracciones que constituyen el presente para poder comprenderlas mejor y explicarlas, pero no es así como funciona en realidad. Aquellos desarrollos que en Marx y otros autores aparecen como meramente lógicos, han sido tildados de metafísicos por sus críticos, y a la vez ciertos defensores han tratado de llenar esos "vacíos" con datos empíricos, resultando en una incomprensión por parte de ambos de la importancia de la abstracción no como ejercicio del pensamiento sino como fenómeno de la realidad. Sobre esto volveremos en el apartado siguiente.

En el número anterior de Cuadernos reflexionamos acerca de los orígenes de la sociedad capitalista. Allí vimos como el capital comercial y usurario en sus manifestaciones previas al capitalismo constituyeron el motor indispensable en la creación de las bases de su surgimiento, atesorando por un lado, y, sobre todo, despojando del otro. Pero el lugar del capital comercial en el capitalismo es completamente diferente:

«Históricamente, el capital se desarrolló en la esfera de la circulación para apoderarse después de la producción; pero en el capitalismo, es exclusivamente en la producción donde nace el capital. El capital que parece nacer de la circulación (ganancia comercial, interés monetario) es solo una deducción de la ganancia realizada en la producción. Ya este hecho debería bastar para demostrar que la relación entre la génesis lógica y la sucesión histórica es, en Marx, de una naturaleza muy peculiar.» (Anselm Jappe, *Las aventuras de la mercancía*)

Las siguientes citas de Marx[7] ayudan a clarificar al respecto: «Comprar barato para vender caro, tal es la ley del comercio. Es decir, no el intercambio de equivalentes. (…) La relación cuantitativa en la cual se intercambian los productos es totalmente casual, en primera instancia. Adoptan la forma de mercancías en la medida en que son objetos realmente intercambiables, es decir expresiones de ese mismo tercer elemento. El intercambio continuado y la reproducción cada vez más regular con vistas al intercambio van aboliendo cada vez más esa casualidad. Pero en primera instancia no para productores y consumidores, sino para el intermediario entre ambos, el comerciante, quien compara los precios en dinero y embolsa la diferencia. En virtud de su propio movimiento se establece la equivalencia.[8] (…) El comercio de las primeras ciudades y pueblos comerciales independientes y de grandioso desarrollo se basaba, en cuanto comercio intermediario puro, en la barbarie de los pueblos productores entre los cuales hacían el papel de intermediarios. (…) En los primeros estadios de la sociedad capitalista, el comercio domina a la industria; en la sociedad moderna sucede a la inversa. El comercio repercutirá a su vez, naturalmente, en mayor o menor grado sobre las entidades comunitarias entre las cuales se desarrolla; someterá cada vez más a la producción al valor de cambio, al hacer que los disfrutes y la subsistencia dependan cada vez más de la venta que del uso directo del producto. De este modo disuelve las antiguas relaciones. Hace aumentar la circulación de dinero. No solo se apodera ya del excedente de la producción, sino que paulatinamente va royendo a la propia producción, haciendo que ramos íntegros de la misma dependan de él. No obstante, este efecto disolvente depende mucho de la naturaleza de la entidad comunitaria productora.»

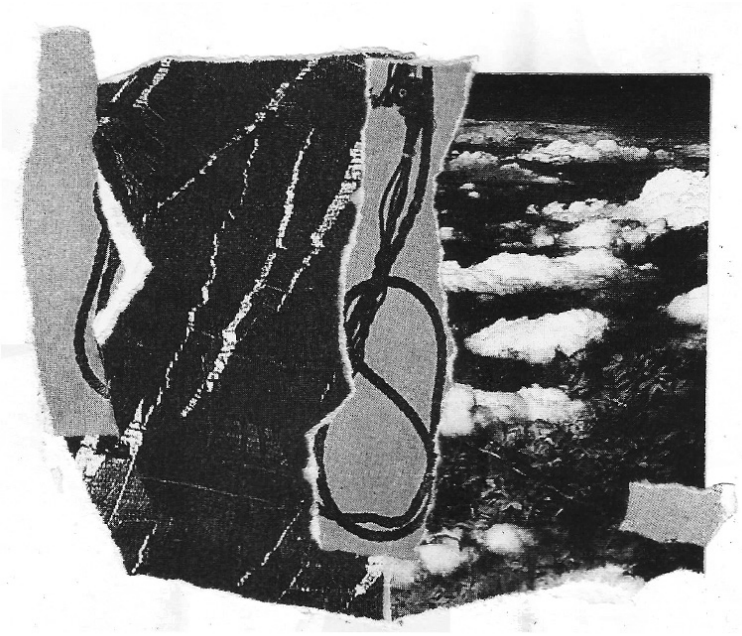
7 Extractos del capítulo XX del libro tercero de *El Capital*.

8 En un comienzo, los monopolizadores de la actividad comercial tenían mayor influencia en la determinación los precios. La competencia entre los mismos, así como medidas proteccionistas de diferentes gobiernos van nivelando los mismos, hasta que, finalmente, con la subsunción del proceso de trabajo propiamente dicho se llega finalmente a la forma valor como la sufrimos hoy, con su determinación específica sobre el movimiento de los precios, sobre la que nos detendremos más adelante.

La actividad productiva humana no siempre adoptó la forma de trabajo, así como su producción tampoco la forma de mercancía. Estas formas sociales y sus correspondientes categorías conceptuales no son transhistóricas sino que existen a partir de ciertas maneras de relacionarse. Por eso, no nos alcanza con afirmar que somos los trabajadores quienes producimos el valor que es apropiado por los capitalistas, sino que nos interesa saber de qué forma llegamos a ser trabajadores y nuestra producción adoptó la forma mercantil. Es con el desarrollo histórico de diferentes relaciones sociales de intercambio que fue posible el surgimiento del valor. En la comparación entre diversos objetos para su intercambio está su germen. Con la profundización y generalización de estas comparaciones el valor se va estableciendo a través de los siglos y termina por constituirse como el patrón de medida de todas las transacciones, destruyendo infinidad de formas de distribución e intercambio que no respondían ni lejanamente a este tipo de parámetros fundamentalmente cuantitativos. Finalmente, toda la producción bajo el capitalismo es producción de valor, y el objetivo de la sociedad es producir la mayor cantidad de valor posible.

No siempre las actividades orientadas a la producción y la subsistencia estuvieron tan escindidas del resto de las actividades reproductivas, lúdicas, creativas, placenteras, contemplativas. En esta escisión se encuentra el origen del trabajo, es decir, producir para otro. La separación entre las comunidades y entre los propios miembros de las mismas, es el correlato de la separación de la propia actividad de sus miembros en diversas esferas hasta el grado en que las conocemos hoy. La cada vez más creciente precarización, división y ultra especialización del trabajo, que tantas quejas recibe por los defensores del trabajo "calificado, de calidad y bien pago para todos"[9] no es más que el resultado ulterior de una lógica de separación inmanente al propio trabajo y la producción de mercancías. El trabajo, como actividad separada, resulta de la generalización de las relaciones de intercambio, del valor en proceso subsumiendo la actividad humana.

9 Las más difundidas críticas al capitalismo que se escuchan hoy en día no son más que una crítica totalmente limitada del neoliberalismo, que tiene como contracara una clara defensa del capitalismo de mediados de siglo XX, que a su vez es idealizado como si las condiciones laborales de algunos sectores y regiones hubiesen sido la norma para todo el proletariado.



EL TRABAJO ABSTRACTO Y EL VALOR COMO ABSTRACCIÓN REAL

> «La esencia de la asbtracción–mercancía reside en el hecho de que no es un producto del pensamiento, que no tiene su origen en el pensamiento de los hombres, sino en sus actos.» (Alfred Sohn–Rethel, *Trabajo manual y trabajo intelectual. Crítica de la epistemología*)

La palabra abstracción nos remite inmediatamente al pensamiento. Se la comprende, en general, como un ejercicio mental que, en el mejor de los casos, sirve para analizar la realidad.

De ese modo, el carácter abstracto del trabajo podría interpretarse, a lo sumo, como una metáfora. Así como la abstracción en el pensamiento, al momento de analizar algo, reduce los componentes fundamentales y sus relaciones, lo aísla o lo hace con algunas de sus propiedades; las características particulares de los trabajos concretos son abstraídas para el valor. Lo único importante es su dimensión cuantitativa, es decir, la cantidad de trabajo que tienen incorporadas las mercancías.

Pero **no se trata simplemente de una metáfora, sino de una realidad dominada por lo abstracto en el sentido más riguroso y literal del término.** Cada vez sufrimos más profundamente una dinámica social que se caracteriza por una absoluta ausencia de cualidad, por una diferenciabilidad puramente cuantitativa entre nuestras actividades y el producto de las mismas.

¿De dónde surge esta abstracción sino del pensamiento? Surge de nuestras propias acciones, más concretamente de nuestras relaciones de producción basadas en el intercambio. Alfred Sohn–Rethel en su libro *Trabajo manual y trabajo intelectual*, sugiere que la abstracción no es una propiedad exclusiva de la mente, sino que se da en el intercambio de mercancías y que además esto fue planteado por primera vez por Marx al comienzo de *El Capital* e incluso antes en la *Crítica de la Economía Política* de 1859, donde habla de la abstracción en un sentido distinto al de la abstracción–pensamiento.

Esto puede sonar confuso o contradictorio, sobre todo por el hecho de que accedamos a ello justamente a través del ejercicio del pensamiento. Sohn–Rethel habla del valor como una abstracción real, lo que no quiere decir que no exista en el pensamiento. Está más allá de la dicotomía tradicional del ser y del pensamiento, para la cual una cosa o existe solo en la cabeza, siendo pues imaginaria —es el sentido habitual del término abstracción—, o por el contrario es real, material, empírica. En tanto abstracción solo existe en el pensamiento, pero la diferencia es que dicha abstracción no brota de él, ni tomamos nota de su existencia de manera racional.

La importancia de la obra citada es que elabora una crítica de la economía al mismo tiempo que una crítica de la ciencia y la epistemología, una crítica de la separación entre trabajo manual e intelectual con la progresiva mercantilización de la vida. Es decir, que el concepto de abstracción real nos habla también de las formas del conocimiento humano con el desarrollo del intercambio mercantil, la relación entre el ser y la conciencia bajo su dominio y generalización, la vinculación entre las relaciones de producción que dominan la sociedad actual y la percepción de sus participantes sobre las mismas: «No lo saben pero lo hacen».

Para profundizar sobre este punto volvamos también al fetichismo de la mercancía. Este ha sido comprendido en muchos casos de manera análoga al fetichismo religioso como una especie de falseamiento de la realidad: así como la creencia en dios evita una comprensión de la realidad que favorece a mantener relaciones de dominación y privilegio, la estructura real del capitalismo produciría representaciones falsas de sí mismo. Así, **el fetichismo de la mercancía, cuando no ha sido directamente ignorado, fue comprendido como una mistificación, una "superestructura" perteneciente a la esfera mental o simbólica de la vida social.** Si bien criticamos y criticaremos mistificaciones tales como el progreso, la libertad, el valor como característica natural de las cosas, o la subjetividad de los precios; el fetichismo de la mercancía va más allá.

El fetichismo no hace referencia solo a una representación invertida de la realidad, sino a una inversión de la realidad misma, donde las relaciones sociales entre las personas son cosificadas, donde el medio se ha convertido en fin, donde la sociabilidad en su conjunto depende del carácter privado de la producción.

«El fetichismo no es un fenómeno de conciencia social, sino de ser social. (…) La ausencia de regulación del proceso social de producción conduce necesariamente a la regulación indirecta del proceso de producción a través del mercado, a través de los productos del trabajo, a través de las cosas.» (Isaak Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*)

El concepto de trabajo abstracto ha sido y es de suma importancia en la crítica del trabajo en contraposición a la actividad humana, que ha tenido mayor alcance y desarrollo en los últimos 50 años. Pero es necesario hacer una aclaración en el contexto en que vivimos. La manifestación práctica del carác-

«El valor es una relación o proceso que se despliega y se mantiene a través de diferentes formas —en un determinado momento como dinero, y al siguiente como las mercancías que componen el proceso de trabajo (incluyendo la mercancía fuerza de trabajo), después como el producto–mercancía, y luego otra vez como dinero— a la vez que en su forma dinero siempre mantiene una relación con su forma mercancía y viceversa. Para Marx, por tanto, el valor no es la encarnación del trabajo en el producto ni una sustancia inmóvil. Es más bien una relación o un proceso que domina a sus portadores: una sustancia que es al mismo tiempo sujeto. Ahora bien, en la tradición marxista ortodoxa no se reconocía que el "trabajo abstracto" era un formateo social e históricamente específico de una parte de la actividad humana que suponía transformar a los seres humanos en un recurso para la expansión ilimitada de esa actividad y su resultado como fin en sí mismo. **Comprender el valor como una mera forma impuesta (por la propiedad privada de los medios de producción) a un contenido que básicamente no plantea problema alguno, iba de la mano con una visión del socialismo como una versión estatizada de la misma división industrial del trabajo esencial que organiza el mercado en el capitalismo.** Desde esta perspectiva, el trabajo, que se encontraba restringido por las formas de mercado en el capitalismo, se convertiría en el principio organizador consciente de la sociedad bajo el socialismo.

Isaak Rubin fue una excepción importante a la negligencia marxista tradicional de la forma–valor y el fetichismo. En una obra pionera de la década de 1920, reconoció que "la teoría del fetichismo es *per se*, la base de todo el sistema económico de Marx, y en particular de su teoría del valor", y que el trabajo abstracto como contenido del valor no es "algo a lo cual la forma se adhiere desde afuera. Más bien, a través de su desarrollo, el contenido mismo da origen a la forma que ya estaba latente en el contenido". Sin embargo, la obra de Rubin, retirada de la circulación en Rusia, permaneció más o menos desconocida.» (Endnotes, *Comunización y teoría de la forma valor*)

ter abstracto del trabajo en trabajos concretos cada vez menos cualificados, ultra especializados, fragmentados, repetitivos y frustrantes, ha sido un punto de partida fundamental para retomar estas críticas, pero por sí solo insuficiente.[10] El dominio de lo abstracto sobre lo concreto en la sociedad capitalista puede interpretarse también como que «el trabajo concreto se vuelve cada vez más abstracto», pero esto puede conducirnos a graves errores si lo que pretendemos es una crítica radical.

Todo trabajo creador de mercancías es siempre forzosamente trabajo abstracto y concreto y se trata de dos aspectos del trabajo, totalmente inconmensurables e insustituibles entre sí. Desde una perspectiva emancipatoria no se trata de conciliar estas dos partes ni es posible escoger una por otra, la única posibilidad es la destrucción de ambas para la superación del trabajo.

La crítica del valor en su dimensión cuantitativa y cualitativa

Para comprender estas dos dimensiones de la crítica que ya hemos venido mencionando, podemos partir de la siguiente cita de Marx del capítulo del *El Capital* acerca del fetichismo de la mercancía:

«(…) es indudable que la economía política ha analizado, aunque de manera incompleta, el valor y la magnitud de valor y descubierto el contenido oculto en esas formas. Solo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de por qué ese contenido adopta dicha forma; de por qué, pues, el trabajo se representa en el valor, de a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la magnitud del valor alcanzada por el producto del trabajo.»

Valor y magnitud de valor no son sinónimos. **La magnitud de valor, y el valor de cambio como manifestación de este, se refieren al aspecto cuantitativo del valor.** Es decir, a la cantidad de trabajo incorporado en la mercancía. Busca explicar, principalmente, cómo se relacionan las magnitudes de valor de las mercancías, es decir cuánto valen.

El aspecto cualitativo de la crítica del valor, que es sobre todo el que venimos abordando, busca responder por qué las mercancías tienen un valor, porqué la sustancia del valor es el trabajo abstracto.[11] Se trata de analizar relaciones sociales generales de producción e intercambio, cuya manifestación más superficial termina siendo el valor de cambio, y más aún su transformación en los precios. Al referirnos a este aspecto cualitativo, social y general del valor, suele hablarse de la forma social del valor, o forma–valor, para distinguirla del valor a secas que se lo asocia más fácilmente a la magnitud del valor y al valor de cambio.

10 Tampoco debe confundirse la noción de trabajo abstracto con la de trabajo inmaterial o con procesos de trabajo que no concluyen en un objeto físico.

11 La cantidad de tiempo de trabajo que determina la magnitud del valor es de un tipo de trabajo que contiene un doble carácter en tanto concreto y abstracto. Esta escisión existe en el trabajo en tanto es trabajo creador de mercancías, y es el carácter abstracto el que permite su cuantificación pero no es su unidad de medida. Hablar de cantidad de trabajo abstracto no es lo más apropiado, sino cantidad de tiempo de trabajo (tanto abstracto como concreto).

LA LEY DEL VALOR

> «La palabra ley es típica del declive de la crítica en ciencia.» (Gilles Dauvé y François Martin, *Valor, tiempo y comunismo: releyendo a Marx*)

Diversas —por no decir la enorme mayoría— expresiones del marxismo, u otras que se reclaman de una *economía crítica*, se refieren a los desarrollos de Marx sobre los temas que estamos abordando como económicos, y suelen abocarse al aspecto cuantitativo del valor de forma limitada, a la vez que separado de su aspecto cualitativo, desconociéndolo o despreciándolo. Ven en Marx una continuidad con la economía política clásica de David Ricardo y otros economistas de su época y no una ruptura. Con su visión economicista y cientificista buscan leyes como si de descripciones "objetivas" de la realidad se tratase, cuando **la palabra ley aquí, como veremos, tiene más sentido asociarla a la arbitrariedad represiva de la Ley, a la dictadura del Capital imponiendo su propia lógica y dinámica sobre la sociedad en su conjunto**.[12]

Al comenzar a leer o escuchar sobre estos temas frecuentemente nos encontramos con formulaciones como la *teoría del valor–trabajo* y la *ley del valor*, que establecen que la relación de los valores de cambio entre dos mercancías es proporcional al tiempo de trabajo socialmente necesario de producción de cada una, lo que permite explicar el movimiento de los precios de las mercancías en el mercado.

Entonces las mercancías se intercambian por su valor, estableciendo de una relación de equivalencia. Pero aquí la palabra equivalencia no debe confundirnos como si de algo equitativo y "justo" se tratase. El valor de la fuerza de trabajo (y el salario como expresión monetaria del mismo) es equivalente al valor de las mercancías necesarias para su reproducción. Entonces, **el cumplimiento de la ley del valor implica que la fuerza de trabajo reciba lo justo, lo mínimo para reproducirse.** La mercancía fuerza de trabajo se paga por lo necesario para su reproducción, no por el equivalente de lo que produce. La apropiación de una parte del producto sin equivalente (en el intercambio trabajo–capital que es el intercambio fundamental de la sociedad capitalista) es precisamente la base de una ley que impone el intercambio de equivalentes. Una ley que se cumple totalmente cuando el valor de uso de una mercancía concreta (fuerza de trabajo) puesta en funcionamiento, es decir, el consumo de la fuerza de trabajo (producción), en lugar de destruir el valor de la misma, es capaz de crear un valor superior al que contenía en su compra. Precisamente, el proletariado se contrapone a esa ley, a la mercancía y al valor de la que emerge la misma porque es la causa de su condena, de su condición de explotado. Y no tiene otra forma de romper esa condena que liquidar la base sobre la que se reproduce.

La ley del valor se presenta como la ley sobre la cual el proletariado es puesto a trabajar por el Capital, creando toda la producción social y recibiendo solo lo imprescindible de esta producción para seguir produciendo: solo para él es intercambio sin equivalente. **Repetimos: la mercancía fuerza de trabajo se paga por lo necesario para su reproducción, no por el equivalente de lo que produce.**

Acerca del valor en relación al movimiento de los precios volvemos a Rubin: «El estado de equilibrio entre dos ramas de la producción corresponde al intercambio de los productos sobre la base de sus valores. En otras palabras, tal estado de equilibrio corresponde al nivel medio de los precios. Este nivel medio es un concepto teórico. **Los precios medios no corresponden a los movimientos reales de los precios del mercado concretos, pero los explican.** Esta fórmula teórica del movimiento de los precios es, de hecho, "la ley del valor". Por esto, puede verse que toda objeción a la teoría del valor que se base en el hecho de que los precios concretos del mercado no coinciden con los "valores" teóricos, no es más que un mal entendido. **El acuerdo total entre los precios del mercado y el valor significaría la eliminación del regulador único que impide a las diferentes ramas de la economía social moverse en direcciones opuestas.** "La forma precio envuelve ya de suyo la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud de valor, es decir, la posibilidad de una desviación entre el primero y la segunda. Y ello no supone un defecto de esta forma; por el contrario, es eso precisamente lo que la capacita para ser la forma adecuada de un régimen de producción en que la norma solo puede imponerse como un ciego promedio de toda ausencia de normas." (Marx, *El Capital*)»

Entonces, los precios de mercado de estas mercancías se mueven también en torno a esa relación de proporcionalidad entre los tiempos de trabajo incorporados en cada una. Pero

12 La palabra *ley* está cargada de pretensiones cientificas así como Marx también lo estaba en muchos de sus análisis. Que el marxismo haya hecho estragos con su obra no debe ser una excusa para presentarlo siempre como un incomprendido o tergiversado, aunque en los aspectos centrales de su obra si lo sea. Su enorme contribución debe ser comprendida y asumida, a la vez que criticada y superada.

no es la transformación del valor de cambio en precio lo que más nos interesa, e incluso no tiene sentido alguno indagar en este aspecto por separado desde una perspectiva anticapitalista. Se trata de una parte inseparable de una crítica unitaria que busca explicar cómo el valor regula a la sociedad capitalista en su conjunto, determina nuestras decisiones y, sobre todo, la de nuestros explotadores.

«Un nivel determinado de los precios del mercado, regulados por una ley del valor, presuponen una distribución determinada del trabajo social entre las ramas particulares de la producción, y modifica esta distribución en una dirección determinada. En una sección de *El Capital* Marx habla de las "fluctuaciones barométricas de los precios del mercado". Este fenómeno debe completarse. Las fluctuaciones de los precios de mercado son, en realidad, un barómetro, un indicador del proceso de distribución del trabajo social que se produce en las profundidades de la economía social. Un clima puede reemplazar a otro sin una indicación del barómetro. Pero una fase de la distribución del trabajo social remplaza a otra solo a través de la fluctuación de los precios del mercado y bajo su presión. Si el movimiento de los precios del mercado vincula dos fases de la distribución del trabajo en la economía social, tenemos razón en suponer una estrecha relación interna entre la actividad laboral de los agentes económicos y el valor. Buscaremos la explicación de estas relaciones en el proceso de producción social, es decir, en la actividad laboral de las personas, y no los fenómenos que están afuera de esfera de la producción o que están relacionados con ella por una conexión funcional permanente. Por ejemplo, no buscaremos una explicación en las evaluaciones subjetivas de los individuos o en las relaciones matemáticas entre precios y cantidades de artículos si estas relaciones son tratadas como dadas y aisladas del proceso de producción. Los fenómenos relacionados con el valor solo pueden ser captados en estrecha relación con la actividad laboral de la sociedad. La explicación del valor debe buscarse en el "trabajo" social. Esta es nuestra primera y más general conclusión.

(…) Mediante el cambio y el valor de las mercancías, la actividad laboral de algunos productores de mercancías influyen sobre la actividad laboral de todos y causa determinadas modificaciones. Por otro lado, esas modificaciones sí influyen en la misma actividad laboral. Las partes individuales de la economía social se ajustan unas a otras. Pero este ajuste solo es posible si una parte influye sobre otra a través del movimiento de los precios en el mercado, movimiento que está determinado por "la ley del valor". En otras palabras, solo a través del "valor" de las mercancías la actividad laboral de los productores separados e independientes conduce a la unidad productiva que recibe el nombre de economía social, a las interconexiones y mutuo condicionamiento del trabajo de los miembros individuales de la sociedad. El valor es la correa de transmisión que transfiere el movimiento de los procesos laborales de una parte de la sociedad a otra, haciendo de esta sociedad una totalidad en funcionamiento.» (Isaak Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*)

Cuando se produce demasiado de un producto en particular en relación con la demanda o si la calidad es defectuosa, algunas mercancías no se venden o tienen que venderse con un descuento. En casos como estos, el trabajo real incorporado en las mercancías no se **realiza** como tiempo de trabajo socialmente necesario.

De hecho, es a través de este mecanismo social como se autoregula una economía mercantil. Volvemos a la cuestión de la relación entre producción y distribución, y remarcamos justamente que ese valor cristalizado en el proceso de trabajo, no concluye su ciclo, sino cuando es validado en el mercado, **realizado**, y concretado en su forma dinero para que el capitalista reinicie su ciclo. Esta realización del valor no quiere decir que sea el mercado quien cree el valor, sino que es este el que impone la parte alícuota[13] (proporcional) de valor que corresponde a cada mercancía en base al tiempo de trabajo socialmente necesario, incluido claro, el valor de la fuerza de trabajo.

13 En el capitalismo es claro que el valor individual no existe como tal, el valor es social y el valor de la mercancía singular no es más que una parte alícuota de ese valor social. Es fundamental ver que **el valor no surge de una mercancía separada, sino que la mercancía singular es expresión de una totalidad.** Comprendido esto suele ser útil y necesario recurrir a la expresión del valor individual para la explicación de diversas cuestiones como veremos, por ejemplo, en el apartado *La valorización del valor: el plusvalor.*

Marx parte de la "célula germinal" para descubrir la sustancia oculta, es decir analiza el origen de la forma valor tomando como referencia la relación entre dos mercancías, cuya base unitaria es la cantidad de trabajo abstracto que actúa como "tercero común". Cuando asciende desde la circulación simple a la circulación de capital se mete plenamente en el análisis del Capital y su reproducción (D–M–D'). Su análisis no se enmarca ahí sobre el intercambio mercantil inmediato del principio, sino que requiere la intervención de mediaciones más complejas que van desarrollándose como resultado de la socialización del valor: transformación de la tasa de plusvalor en tasa de ganancia, transformación del plusvalor en ganancia, transformación de la ganancia en ganancia media, transformación del valor mercantil en precio de producción, escisión de la ganancia en ganancia industrial, interés y renta de la tierra, capital ficticio, temas de los cuales buscamos al menos aproximarnos de manera general. En ese marco en el que se parte del conjunto de la reproducción capitalista (D–M–D' como Capital global) el valor se presenta con toda su plenitud como valor social. El precio de producción de cada mercancía individual surge de la masa de valor global producido (D'), es decir, la masa global de trabajo abstracto, que se reparte entre las diversas mercancías en base a la competencia feroz entre capitalistas y la nivelación de la tasa de ganancia a su nivel medio que reparte el plusvalor social entre los diversos capitalistas en relación al capital invertido.

CRÍTICA A LAS CRÍTICAS DE LA TEORÍA MARXIANA DEL VALOR

Como ya hemos dicho en otras ocasiones, las críticas del valor que aquí tratamos de exponer no son obra exclusiva de Marx, aunque sus reflexiones han significado un aporte fundamental al núcleo de la cuestión. Para nosotros, se trata de la crítica de la economía como aspecto inseparable de la lucha revolucionaria de nuestra clase, desarrollada a través de diversos esfuerzos a lo largo de la historia. Pero, debido a la centralidad de la obra de Marx, diferentes teorizaciones acerca del valor y la economía, han tomado en muchos casos la referencia de este autor, a favor o contra suyo. El término *marxiano* surge, justamente, en oposición al marxismo como total falsificador de los elementos centrales de la crítica de Marx.[14] De todos modos, los rótulos por sí solos no garantizan nada. De hecho, la obra de Isaak Illich Rubin, largamente citada a lo largo de este nro. de Cuadernos, se titula ni más ni menos *Ensayo sobre la teoría marxista del valor* y volvemos a retomarla una vez más para indagar en las críticas que han surgido hacia la teoría del valor que venimos exponiendo.

«La teoría del valor–trabajo no descubrió la condensación material del trabajo (como factor de la producción) en las cosas que son productos del trabajo; esto se produce en todas las formaciones económicas y es la base técnica del valor pero no su causa. La teoría del valor–trabajo descubrió el fetiche, la expresión cosificada del trabajo social en el valor de las cosas. El trabajo es "cristalizado" o constituido en valor en el sentido de que adquiere la "forma social del valor". El trabajo se expresa y 'se refleja" (*sich darstellt*). La expresión *"sich darstellen"* es usada con frecuencia por Marx para caracterizar la relación entre el trabajo abstracto y el valor. Cabe extrañarse de que los críticos de Marx no observaran esta inseparable conexión entre su teoría del valor y su teoría de la cosificación o fetichización de las relaciones de producción entre personas. Comprendieron la teoría del valor de Marx en un sentido mecánico–naturalista, no en un sentido sociológico [NdR: es decir: social].

(…) Así, el valor aparece, cualitativa y cuantitativamente, como una expresión del trabajo abstracto. Mediante el trabajo abstracto, el valor se vincula al mismo tiempo con la forma social del proceso social de la producción y con su contenido técnico–material. Esto es obvio si recordamos que el valor, al igual que otras categorías económicas, no expresa relaciones humanas en general, sino particularmente relaciones de producción entre personas. Cuando Marx trata el valor como la forma social del producto fel trabajo condicionado por

14 Aunque no es del todo preciso la utilización de ese término u otros que tienden a individualizar y personalizar lo que es una obra colectiva. Para nosotros, aunque sea incomprensible para la lógica burguesa, Marx como militante no es un individuo genial, ni algo por el estilo, sino que es una expresión singular de un proceso histórico, de una comunidad de lucha, del proletariado. Sin la referencia a esa totalidad Marx pierde toda significación.

una determinada forma social del trabajo, coloca en primer plano el aspecto cualitativo, sociológico, del valor. Cuando el proceso de distribución del trabajo y el desarrollo de la productividad del trabajo se llevan a cabo en una forma social determinada, cuando se examinan las "masas cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad" (incluida la ley de la distribución profesional del trabajo), entonces el aspecto cuantitativo (hasta podríamos decir matemático) de los fenómenos que se expresan mediante el valor adquiere importancia. El error básico de la mayoría de los críticos de Marx consiste en: 1) su total incapacidad para comprender el aspecto cualitativo, sociológico, de la teoría del valor de Marx; y 2) el hecho de que limitan el aspecto cuantitativo al examen de las proporciones del intercambio, es decir, las relaciones cuantitativas del valor entre cosas; ignoran las interrelaciones cuantitativas entre las cantidades de trabajo social distribuidas entre las diferentes ramas de la producción y las diferentes empresas, interrelaciones que están en la base de la determinación cuantitativa del valor.» (Isaak Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*)

En los años posteriores a la publicación del primer tomo de *El Capital* (el único publicado en vida y enteramente editado por Marx), lentamente comenzaron a emerger voces disidentes al núcleo de su crítica, es decir, a la teoría del valor. Como ya mencionamos antes, una enorme parte de los autodenominados marxistas desoyeron sistemáticamente y banalizaron esta, haciendo foco en otros aspectos y despojándola de la unidad y consistencia con la que fue expresada. Por otra parte, se desarrolló un conjunto de teorías, en contraposición a Marx, a estas se las denominó *subjetivistas*, e históricamente, la forma más depurada de este enfoque es la denominada *teoría de la utilidad marginal*, por lo que también se los conoce como *marginalistas*.

El subjetivismo de esta teoría está dado precisamente, porque la subjetividad de los usuarios sería lo que da "valor" a las mercancías. Eso es, a grandes rasgos, lo que se conoce como *utilidad* (que en autores como Kant, y la escuela utilitarista sería equivalente al bienestar). Mientras más y más consumidores señalen en el mercado su disposición a adquirir una mercancía (o incluso su voluntad de solicitar una que todavía no se produce) su valor aumentaría.

Toda esta teoría es heredera directa de la Ilustración, y de sus premisas fundantes: el individuo y la igualdad. El subjetivismo no parte de las diversas subjetividades propias de una sociedad repleta de conflictos y contradicciones (no solo de clase, sino también otros que se desarrollan en torno al sexo, la etnia, etc.) sino que **parte de una subjetividad ideal postulada: que la sociedad está compuesta de individuos iguales, que venden lo que producen y compran lo que necesitan**.

Entonces, por un lado está el marxismo que se reivindica el defensor y continuador de la obra de Marx pese ser realmente una gigantesca fuerza ideológica de falsificación y liquidación de la obra de este militante, de la crítica de la economía y de la revolución. Dándole un carácter objetivista a la obra de Marx destruye los pilares de la crítica a las categorías fundamentales de la economía. Este objetivismo es incapaz de ir al fondo de la crítica del trabajo abstracto y el valor pues es incapaz de ir más allá de la materia concreta, es incapaz de ver la material social, de ver relaciones sociales cosificadas, objetivadas en una cosa. Es

La utilidad marginal

Tomemos un ejemplo para comprender mejor de qué se trata la teoría de la utilidad marginal:

Un agricultor posee cinco bolsas de grano. La primera será utilizada para hacer pan, este será meramente el alimento que le permitirá sobrevivir. Con la segunda también hará pan, y este será el que le aporte energías para poder realizar otras actividades. Con la bolsa próxima, alimentará los animales que cría. La siguiente la destinará a destilar whisky y, finalmente, la quinta, para alimentar a las palomas.

En caso que le roben o se pudra alguna de estas bolsas, él no reducirá proporcionalmente cada una de estas cinco actividades. Sino que simplemente dejará de alimentar a sus palomas. Si otra bolsa se desperdiciara, dejaría de hacer su whisky y así sucesivamente.

El creador de este cuento fue Eugen Von Bohm–Bawerk, quien fuera también la figura central de la denominada Escuela Austríaca, la corriente de pensamiento económico que sintetizó el enfoque subjetivista y desarrolló el concepto de la utilidad marginal durante la segunda mitad del siglo XIX. Von Bohm–Bawerk fue además un crítico furioso de Marx.

Esta corriente fue luego continuada por Ludwig Von Mises y por Friedich Hayek hacia principios del siglo XX, y fue retomada luego del impulso de las premisas liberales luego de la década del 70 por, entre otros, Milton Friedman, pero es vista como demasiado extrema en sus postulados por los proponentes de la síntesis neoclásica, la postura actualmente dominante.

Dejando de lado los elementos falaces típicos del pensamiento económico (las denominadas *robinsonadas*, etc.), este argumento expresa una cuestión evidente. No todos deseamos las mismas cosas en la misma medida, ni estamos dispuestos a destinar nuestro tiempo o salario de manera equivalente hacia todas las actividades que realizamos.

La utilidad marginal (la utilidad de la última mercancía, en este caso el quinto saco) es una variable importante como también lo son la demanda, la oferta, el tipo de cambio, etc. Pero esto no quiere decir que el valor de cada saco sea distinto, ya que el valor no es un hecho que se pueda reducir a una simple determinación individual o a una sumatoria de las mismas.

¿Qué tiene más valor, un diamante o una botella de agua?

El hecho de que una cantidad de diamantes sea incomparablemente más valiosa que la misma masa en agua no nos resulta muy paradójico. En esta sociedad invertida, no tiene nada de raro que un mineral que solo tiene ciertos usos en la producción de herramientas y, como ya sabemos, es uno de los objetos más fetichizados por su carácter ornamental, sea más codiciado que un elemento fundamental para la vida.

Pero, esta aparentemente absurda pregunta, ha aparecido una y otra vez en la historia de los debates económicos (donde se la ha denominada *paradoja del valor*), y expresa una contradicción central en torno a la cuestión del valor. En palabras de Adam Smith: «Nada es más útil que el agua; pero esta no comprará gran cosa; nada de valor puede ser intercambiado por ella. Un diamante, por el contrario, tiene escaso valor de uso; pero una gran cantidad de otros bienes pueden ser frecuentemente intercambiados por este.»

Los diamantes valen más que el agua y esto no tiene que ver con que sean más útiles en nuestra cotidianeidad, sino lisa y llanamente porque todo el proceso necesario para que lleguen al mercado insume una mayor cuota de trabajo humano. Lo mismo sucede cuando se analiza el valor del agua en una región desértica en relación a su proceso de purificación al margen de un río importante. **No es la escasez en sí lo que hace aumentar el valor de una mercancía, sino que son las dificultades asociadas a esta escasez en relación a cómo se produce y distribuye esta mercancía.**

Incluso, y como sucede con la mayoría de los "recursos naturales", los yacimientos de diamantes más accesibles y fáciles de explotar ya han sido saqueados, dejando en la actualidad los más profundos y difíciles de acceder (y también muchos otros que se encuentran en zonas en conflicto —cuna de los llamados *diamantes de sangre*—). Es por esto que durante muchos años el valor de los diamantes tuviera un alza regular.

Además, es importante tener en cuenta que la industria del diamante fue históricamente dominada de forma monopólica por la compañía sudafricana De Beers. Esto produjo durante décadas que este productor experimentara una *ganancia excendente o monopolista*, inflando los precios por sobre su equilibrio, en base a la generación de una *demanda artificial*. Pero a partir de la década del 90, con el surgimiento de nuevas minas y oferentes, novedosas formas de comercialización, y técnicas de producción de diamantes sintéticos, el valor de los diamantes se redujo, y al disminuir la presión monopolista también se redujo su sobreprecio.

Pero quizás sea importante considerar que para muchos de nosotros la paradoja no tiene tanto que ver con discusiones sobre categorías frías, y sí con el hecho de que la palabra valor (en español pero también en muchas otras lenguas) tiene la capacidad de representar cosas muy distintas entre sí. Es imprescindible poder recuperar esta distinción para reconocer que, producto de su olvido, hoy por hoy consideramos algo importante como valioso, con independencia de que estemos haciendo referencia a su necesidad en nuestra cotidianeidad, sus aspectos emotivos, o incluso a la cantidad de trabajo que nos costó producirlo.

El solo hecho de tener que comparar un diamante con el agua dice mucho sobre el mundo en que vivimos. La igualación que produce el mundo del valor está impresa en nuestras concepciones. **Y otra experiencia de vida social borrará necesariamente esas incongruencias de la lengua, que revelan la disociación a la cual nos somete la sociedad del valor.**

incapaz de percibir que lo que era un objeto se ha transformado en el sujeto de la sociedad pues expresa en su ser las relaciones sociales, es el nexo social. Efectivamente, el trabajo abstracto y el valor son puramente sociales, por más que se les busque empíricamente nunca se les encontrará. No, no es en el objeto donde está el trabajo abstracto. Pero es evidente que se materializa a través de él. La ilusión nace del hecho de que una relación social adopte la forma de una cosa. Que el marxismo no ha comprendido nada de esto lo demuestra al señalar a Marx como un "continuador crítico" de la teoría de valor–trabajo cuando desde el principo la obra de Marx, en tanto que expresión de la crítica de la economía del proletariado, es una contraposición y crítica de la misma. Dicho esto, una vez más, es evidente que bajo la etiqueta "marxista" han habido expresiones que se desmarcaban de la ideología marxista y defendían realmente la crítica de la economía.

A su vez, frente a las concepciones objetivistas del marxismo ha surgido su oposición vulgar, la subjetivista, a la que ya hemos hecho alusión. Partiendo de la misma separación objeto–sujeto, afirman que el valor es un producto de los sujetos humanos independientes del objeto. Es decir, el valor es algo que corresponde al cerebro de los hombres, de sus ideas, el valor es para ellos un signo adjudicado a un objeto que expresa esas ideas del valor. Igual que el objetivismo marxista no comprende en absoluto lo que es la cosificación, lo que significa que un objeto encarne, no una representación cognitiva, sino una práctica social. La inversión de la actividad humana propia de la sociedad mercantil generalizada donde el objeto se presenta como sujeto y el sujeto como objeto, donde la actividad humana se presenta como una fuerza exteriorizada que no le pertenece y lo somete, es precisamente la que permite que una sustancia, el valor, domine la sociedad. De ahí lo ridículo de querer reducir dicha sustancia a la actividad del cerebro de los vivos, a aspectos subjetivos de los seres humanos, incluso a la voluntad y los gustos, y no a un sujeto que expresa una relación social cosificada.

Mientras que el materialismo vulgar solo ve al valor como propiedad de la cosa, el idealismo como una proyección que surge en la cabeza de los humanos. Que una relación social se proyecte en una cosa es algo que solo la dialéctica puede captar. **Objetivismo y subjetivismo, ambos, en tanto que escinden el objeto y el sujeto, son incapaces de ver la cosificación de una práctica social, de una actividad, de una relación social.** La actividad humana enajenada se manifiesta a través de cosas, se alza como un poder ajeno, como una fuerza exteriorizada y contrapuesta a la vida. La crítica de la economía que desarrolla el proletariado parte de esta realidad que no es comprendida por toda clase de críticas y alternativas que surgen contra ella y que no hacen más que partir de la lógica de la separación burguesa entre objeto y sujeto.

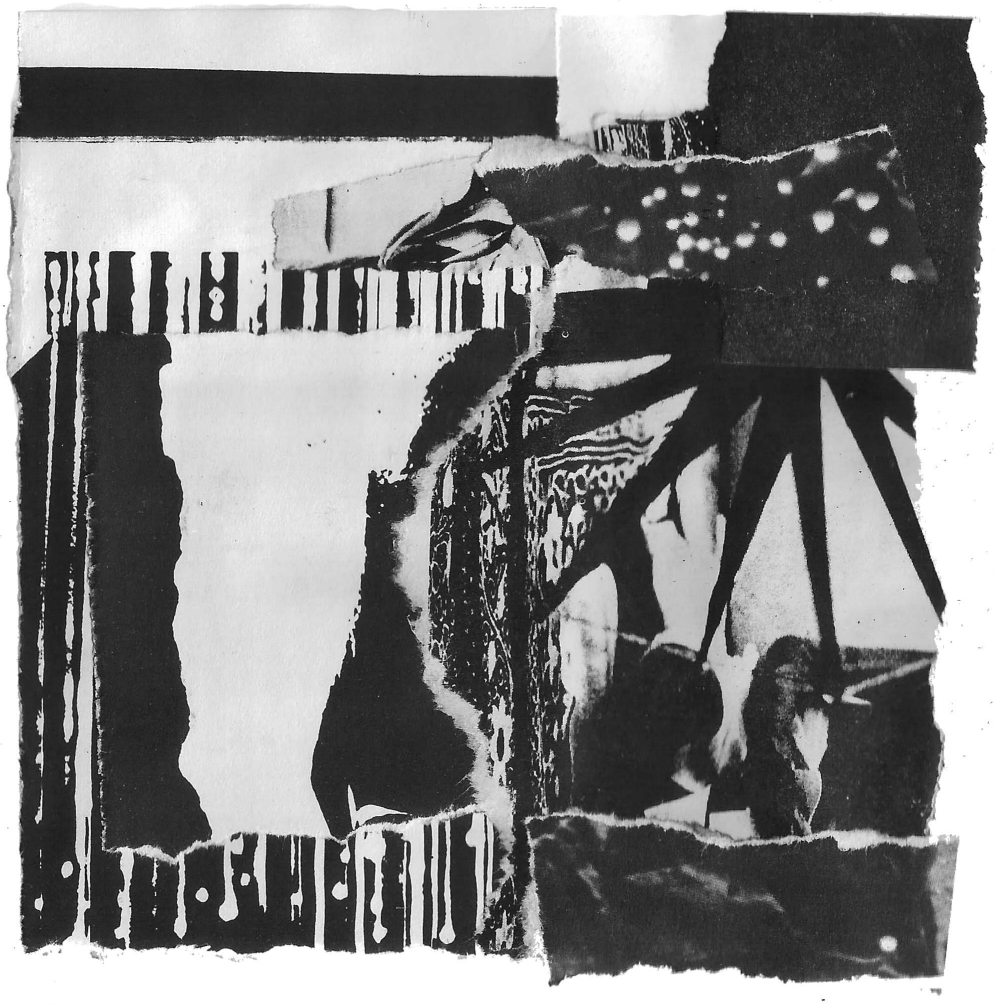
La teoría de la utilidad marginal está evidentemente motivada por cuestiones políticas y de gestión capitalista, y su surgimiento está íntimamente ligado al momento histórico en que la economía pasa de ser una disciplina considerada como parte de la filosofía a una más dependiente de la matemática (o econometría) —que además coincide con desarrollos técnicos en relación al cálculo diferencial y tablas de cálculo—. La supuesta rigurosidad de esta teoría, radica en introducir un elemento técnico, vía el cálculo diferencial, para determinar la relación entre la utilidad que brinda una nueva unidad mercantil y la renta que un consumidor está dispuesto a gastar para adquirirla. Así es como estos postulados han calado hondo en la academia y la ideología dominante.

No obstante, en la práctica (y como expresamos párrafos antes), debido a que **el interés de la economía liberal no es el de realizar una crítica de la sociedad capitalista, sino el de determinar elementos que permitan gestionarla,**[15] **esta teoría se centró en la cuestión de cómo se determinan los precios, por lo cual sería más apropiado históricamente definirla como una teoría de precios**.[16]

Como explica Paul Mattick en *Marx y Keynes*, la vulgaridad máxima de la teoría utilitarista, consiste en su circularidad. A través de la utilidad marginal de una mercancía se define su precio, pero a la vez el precio es una variable fundamental al establecer la utilidad de la misma. A su vez, la utilidad es la característica de las mercancías que hace que las personas la quieran comprar, pero a su vez que las personas quieran comprar una mercancía hace a su utilidad. Van en círculos explicando gradualmente formas más refinadas de los precios, que como veremos más adelante, no son bajo ningún aspecto, sinónimos del valor.

15 Como veremos más adelante en el apartado *Minusvalias*, otra de las premisas centrales de esta corriente es la justificación del rol y la importancia de los capitalistas como impulsores del desarrollo. Una crítica parcial hacia esta postura ha sido principalmente desarrollada por la socialdemocracia, y particularmente por el sindicalismo, donde el burgués suele ser considerado un parásito, alguien que sin hacer nada, vive como "un cerdo consumista" a costa de los trabajadores que emplea. Pero nos resulta asqueroso considerar que el antagonismo con el Capital pueda reducirse a odiar al burgués en tanto no–trabajador. La crítica de las categorías capitalistas debe necesariamente conducir a la crítica del trabajo, y por ende a la autocrítica del rol que toca a los proletarios en este mundo.

16 No es menor que incluso algunos autodeterminados marxistas —como por ejemplo el gurú de la "economía marxista" en la época de la II internacional: Hilferding— hayan criticado a Marx por no haber resuelto el "problema de la transformación", esto es, cómo y bajo qué determinaciones el valor de una mercancía se expresa en el precio.



LA VALORIZACIÓN DEL VALOR: EL PLUSVALOR

En el nro. anterior, en el apartado *El Capital solo quiere más capital*, desarrollábamos cómo se da la transición entre la circulación simple y el ciclo de reproducción capitalista. Es en el ciclo de reproducción del Capital donde el dinero asume una nueva determinación que aparecerá en todas las relaciones de intercambio: se transforma en Capital. D–M–D', movimiento por excelencia del Capital, es a su vez el movimiento originario del comercio, el capital como capital comercial, que se encuentra ya en las fases más tempranas del desarrollo económico acompañado del capital usurario. Sin embargo, en ese estadio precedente el capital no ocupa más que un lugar periférico de la sociedad, lo que no le impide implantar las premisas necesarias para apoderarse con el desarrollo histórico de todas las condiciones de existencia.[17]

Mientras que en las formas prediluvianas del capital —comercial y usurario— el ciclo D–M–D' extrae la ganancia de la circulación, o sea de "comprar barato y vender caro", en el proceso de producción capitalista las cosas suceden de forma diferente. En el capitalismo, la ganacia no puede generarse más que sobre una competencia feroz que desplaza esa primigenia forma de ganancia e impone como punto de partida el intercambio de equivalentes obligando a cada capitalista a vender las mercancías a su valor, al tiempo socialmente necesario para su producción.

Bajo esas estrictas leyes capitalistas solo hay una posibilidad: encontrar en el mercado una mercancía concreta cuyo valor de uso, cuyo consumo, en lugar de desvalorizar o destruir el valor de la misma, sea capaz de reproducir y ampliar el valor que contenía. Y dicha mercancía se encuentra en el mercado, es un producto del proceso histórico de separación del ser humano y sus medios de vida: la fuerza de trabajo. Mientras todas las mercancías se desvalorizan al usarlas y consumirlas, con la fuerza de trabajo no ocurre lo mismo. El uso de la misma es su consumo efectivo en el proceso productivo, el trabajo mismo, la puesta en movimiento de trabajo vivo que no solo posibilita su propia conservación como valor (así como la conservación del valor de las otras mercancías que ingresan al proceso de trabajo), sino que también permite crear un valor superior, un plusvalor.

La cuestión clave de la valorización tiene lugar entonces en el intercambio entre trabajo vivo y trabajo muerto, intercambio que tiene lugar, no en la circulación, sino dentro del proceso de producción mismo. Es en ese marco donde la explotación de la fuerza de trabajo genera el plusvalor. Es condición ineludible para la producción y reproducción de capital.

17 Ver nuestro número anterior el apartado *Acumulación, comercio, usura y desposesión*, así como el apartado *Sobre los fundamentos lógicos e históricos de la sociedad capitalista* en el presente número.

Efectivamente, al adentrarnos en el proceso de producción (tanto da que este sea material, inmaterial e independientemente de la producción concreta desarrollada) observamos cómo la M del ciclo, D–M–D' se desdobla en trabajo vivo (fuerza de trabajo) y trabajo muerto (materias primas y medios de trabajo). Mientras que las materias primas y medios de producción solo transmiten valor a la producción en la medida que al ser usadas lo pierden de su ser (mera transferencia de valor) comportándose como capital constante; la fuerza de trabajo puesta en movimiento, reproduce su valor (determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción: comida, alojamiento, formación, tareas domésticas, cuidados, nuevas generaciones… lo que incluye consecuentemente en el valor de la fuerza de trabajo los medios de subsistencia de quien hace las tareas domésticas, generalmente asignadas a las mujeres), pero no solo lo reproduce, sino que además genera un plusvalor, comportándose como capital variable.[18]

Explotación capitalista: salario, trabajo y fuerza de trabajo

Decíamos que solo la fuerza de trabajo produce valor, ya que la sustancia del valor es precisamente el trabajo abstracto. Pero mientras que el plusvalor es un fenómeno estrictamente capitalista, el plustrabajo no. En varios pasajes Marx describe cómo formas precapitalistas exhibieron una extracción sistemática de excedentes de trabajo a los productores. Pero la **principal distinción entre el plustrabajo precapitalista y el plustrabajo capitalista** es que, mientras el primero está determinado para las **necesidades inmediatas de la clase dominante,** para consumo y disfrute de ese excedente, en el capitalismo lo que determina ese excedente no es su consumo por el capitalista, sino **la valorización, el plusvalor y su acumulación. El trabajador asalariado no trabaja para las necesidades inmediatas del capitalista, sino para valorizar en un ciclo de acumulación infinita el capital que gestiona ese capitalista.** Evidentemente, en ese proceso de acumulación el burgués también consume y disfruta, pero solo en tanto que actúe como funcionario del Capital, en tanto que se subordine e imponga las necesidades de valorización.

Es la particular mercancía fuerza de trabajo la única que puede mantener el valor de un cúmulo de productos —producidos a su vez por la primera— y generar un valor añadido, cuando es puesta junto a ellos en un proceso de trabajo. Decimos particular porque la fuerza de trabajo no es una mercancía común, sino que, como capacidad de trabajo, es inseparable del trabajador que la vende, del ser humano que la porta como característica mercantilizada de su ser.

Su especial particularidad viene dada también porque el valor de uso de la fuerza de trabajo adquiere una cualidad que no posee ninguna otra mercancía: es creador de valor. En ese sentido, es importante no confundir la fuerza de trabajo en tanto que capacidad de trabajo con la fuerza o capacidad de trabajo puesta en movimiento. Mientras la primera es la mercancía que vende el proletario, la segunda es su consumo como valor de uso en el proceso productivo. Que sean necesarias 4 horas para mantener viva la fuerza de trabajo no quiere decir que esa fuerza de trabajo no pueda usarse 8, 10, 12 o incluso 18 horas. Sus costes diarios de mantenimiento y su rendimiento diario son magnitudes diferentes. **En esa diferencia, en la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor que produce, está condensado el secreto del plusvalor**, de la explotación y la apropiación capitalistas. Esto solo puede captarse sobre la base de la ley del valor, comprendiendo la sustancia oculta del valor y que el ciclo D–M–D' es el movimiento propio del Capital, donde el ser humano proletarizado es una simple mediación del dinero convertido en el sujeto de su propio movimiento.

Se comprende así mismo que bajo la forma irracional del salario el valor de la fuerza de trabajo se transforma en la superficie en el precio del trabajo, encubriendo bajo esa categoría que lo que se paga realmente es la fuerza de trabajo y no el trabajo mismo. La tremenda diversidad de los salarios nos muestra cómo en comparación con las demás mercancías, en el precio de la fuerza de trabajo hay factores que van más allá de la determinación por el tiempo de trabajo social, empezando por la correlación de fuerza entre las clases.

Las formas de la explotación: Plusvalor absoluto y relativo

Para criticar la explotación hay dos momentos en los que podemos desdoblar el proceso productivo. El primero es el *tiempo de trabajo necesario* para reproducir el valor de la fuerza de trabajo, el segundo es el *tiempo de plustrabajo*, el que produce

18 En el caso de los trabajos domésticos "no–asalariados" y los cuidados podemos ver un claro ejemplo de cómo el sistema capitalista asumió históricamente la continuidad de la división sexual del trabajo. La profundización de la separación entre la esfera pública y la esfera privada agravó aún más las diferencias ya existentes en la vida cotidiana de los sexos. La esfera pública asociada a lo designado masculino y la esfera privada asociada a lo designado femenino son necesarias al desarrollo del proceso de valorización.

Tal como sucede con cualquier trabajo, la función de la ideología dominante es que el trabajo doméstico sea naturalizado, amalgamado a cualquier actividad humana, cuando en verdad se trata de un fenómeno social determinado e histórico.

El trabajo doméstico de hijas, hermanas, esposas, esclavas y las permanentes condiciones subretribuidas de empleadas domésticas (en su mayoría migrantes y refugiadas por el Capital), ha sido y es un aporte fundamental a que el capitalismo haya podido extenderse socialmente como lo hizo.

El Capital determina también la explotación del proletariado no–asalariado y las actividades no–asalariadas del proletariado. Debemos asumir la producción de valor como una producción global y rechazar la apología obrerista y burguesa de la productividad.

Quienes constituimos el proletariado no nos definimos por nuestra posición particular e inmediata en lo relativo a la producción, sino por el antagonismo a este. Incluso quienes privados de los medios de subsistencia, no les es posible vender su fuerza de trabajo en el mercado laboral también son parte del proletariado, pues contienen la misma contraposición al Capital que les despoja de los medios de vida y de su propia vida.

un plusvalor. Si el proceso productivo se interrumpe cuando se alcanza un equivalente que reemplaza el valor de la fuerza de trabajo, está claro que estaremos ante una simple reproducción del valor. Sin embargo, con la prolongación de la producción más allá de ese momento comienza el proceso de valorización y producción de plusvalor. El tiempo de plustrabajo es pues el tiempo de producción de plusvalor.

El Capital busca insaciantemente aumentar ese tiempo de plustrabajo para incrementar sus ganancias de dos formas. **La primera consiste en hacer trabajar más a los trabajadores, sea aumentando la jornada laboral, sea intensificando el trabajo. Este plusvalor se denomina *absoluto* ya que se trata de un aumento absoluto de la cantidad de tiempo de plustrabajo, manteniendo fijo el tiempo de trabajo necesario** para la reproducción del valor de la fuerza de trabajo. Esta primera forma es directamente utilizada por los capitalistas particulares ya que de esta manera aumentan su tasa de ganancia al disminuir el impacto final del precio de la fuerza de trabajo.

La segunda forma de plusvalor consiste en aumentar el tiempo de plustrabajo sin incrementar el trabajo, es decir sin aumentar la extensión de la jornada laboral ni la intensidad de la misma. Por consiguiente, **la intensidad y la duración de la jornada se mantienen constantes mientras la cantidad de tiempo destinada a la reproducción de la fuerza de trabajo disminuye y, por lo tanto, aumenta la destinada a la producción de plusvalor. El plusvalor generado de esta forma se denomina *plusvalor relativo***. Así, por ejemplo, una jornada laboral de 8 horas repartidas en 4 horas de trabajo necesario y 4 de plustrabajo, sufre un aumento del plusvalor relativo al pasar a ser una jornada repartida en 2 horas de trabajo necesario y 6 de plustrabajo. En el ejemplo, el capitalista descenderá en 2 horas el tiempo que el trabajador produce para reponer el valor de su fuerza de trabajo ampliando a su vez en 2 horas el dedicado a producir plusvalor, todo ello manteniendo constante las 8 horas de jornada laboral.

Es evidente que, en tanto que el valor está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario, reducir el tiempo de trabajo de la jornada que el proletario dedica a reponer el valor de su fuerza de trabajo **equivale** a reducir el valor de la misma. Al estar el valor de las mercancías en razón inversa a la productividad del trabajo, el aumento del plusvalor relativo va ligado al aumento de la productividad. Este aumento puede darse a partir de diversas modificaciones en el proceso de producción, así como de su reorganización o la incorporación de tecnologías.[19] Si se duplica por algún invento la fuerza productiva en un ramo industrial, una hora de trabajo social se expresa en lo que antes eran dos horas. Si esa duplicación afecta a todos los sectores que directa o indirectamente entran en el valor de la fuerza de trabajo (alimentación, vivienda, tareas domésticas…), está claro que se abate a la mitad el valor de la fuerza de trabajo. Si retomamos el ejemplo anterior de la jornada de 8 horas se comprende fácilmente el cambio operado en las magnitudes y el incremento de plusvalor relativo.

Pero no solo se obtiene este plusvalor relativo en los casos en los que se ve afectadas los sectores involucradas en el valor de la fuerza de trabajo. Cualquier capitalista que haga más productiva su producción frente a los demás competidores también incorpora al plustrabajo una parte mayor de la jornada laboral. Para seguir con el mismo ejemplo de arriba, en su producción se duplica la productividad, su jornada de 8 horas en lugar de expresarse en un producto de 8 horas como la de sus competidores, se expresa en el doble, en un producto de 16, pues el tiempo de trabajo socialmente necesario sigue marcado por el que determinan sus competidores. Mientras que los demás competidores tienen que hacer trabajar a sus obreros 4 horas para reponer la fuerza de trabajo y 4 para el plustrabajo, nuestro capitalista innovador tiene la ventaja de que en 2 horas sus obreros han repuesto su fuerza de trabajo (pues representan 4 horas de trabajo social) y las 6 restantes se dedican a producir plusvalor (que se representan en 12 horas). Tiene margen suficiente para ponerle a su mercancía un precio inferior al valor social y destruir a la competencia con ello.[20]

Tengamos bien claro que un aumento de la intensidad del trabajo implica un gasto mayor de energía, una mayor cantidad de trabajo; en cambio, un aumento de la productividad del trabajo significa un incremento de la producción con la misma cantidad de trabajo.[21]

19 Hablamos estrictamente de tecnologías y no es casual. En ocasiones se suele hablar de maquinarias y consideramos que este término quedó obsoleto (si es que no lo fue siempre). No todas las ventajas productivas son mecánicas o robóticas. Una empresa puede aumentar su productividad por haber adoptado mejores uniformes para los trabajadores, un nuevo software de gestión, al cambiar el método de organización del proceso laboral o del control de stocks, mayores estándares de limpieza o multitud de otros factores.

20 Esta situación es temporal, dura hasta que la ventaja productiva es asumida por gran parte de los competidores de la misma rama y el valor pasa a determinarse por el nuevo nivel de productividad. En ese contexto, la hora de trabajo más productiva pasará a representar la productividad media y ya no representará dos horas, sino una hora de trabajo social, pero estará expresada en el doble de valores de uso que antes del aumento de la fuerza productiva, lo que provocará una desvalorización de la mercancía que contendrá menos trabajo vivo. A esto Marx le llamo *tendencia decreciente de la tasa de ganancia*, ya que la ganancia obtenida en cada mercancía particular disminuye por lo que se hace necesario incrementar la cantidad de mercancías producidas en dicha rama para contrarrestar dicha disminución. Esta tendencia, que es impulsada por la competencia entre capitales particulares ya fue desarrollada en el Cuadernos nro. 8 en el apartado *Tecnología y ganancia*. Aquí nos enfocaremos en el aumento de la cantidad de plusvalor que supone ese aumento de la productividad y que no desaparece cuando la ventaja productiva es asumida por todos los productores sino que por el contrario se generaliza.

21 La distinción es importante para comprender los diferentes mecanismos de explotación, aunque en la realidad es más complejo diferenciarlos. Por un lado, a los bugueses les encanta hablar de aumentar la productividad del trabajo cuando en realidad muchas veces solo nos están haciendo trabajar más duro. Su inversión en fuerza de trabajo resulta más productiva pero no el trabajo realizado. A su vez, la incorporación de tecnologías que incrementan la productividad del trabajo suelen traer aparajedas un aumento de la intensidad del

Estas dos formas de aumentar la explotación están sumamente relacionadas y se impulsan mutuamente. Los límites físicos y psíquicos de los proletarios frente al aumento de la intensidad del trabajo y la extensión de la jornada laboral han producido tantos accidentes y enfermedades como resistencias y luchas. Estas condiciones obligaron a los burgueses a otorgar ciertas concesiones a los explotados, al mismo tiempo que modificaron gradualmente muchos procesos de trabajo y estrategias con el fin de mejorar e incrementar la explotación. Por su parte, ciertas innovaciones en la producción, como la incorporación de tecnología, permitieron también hacer más intenso el trabajo imponiendo un ritmo que antes era imposible o muy costoso de obtener a través de la mera supervisión. A su vez, estas transformaciones generaron nuevas esferas de producción donde es posible la extracción de plusvalor absoluto y relativo nuevamente.

Cuando hablamos de salario como el valor de los medios de vida necesarios para la subsistencia del proletario, no podemos dejar de observar cómo la composición de esos medios de vida ha ido cambiando constantemente en función de las necesidades del Capital. **El incremento de la explotación se halla también en el progresivo deterioro de la calidad de las mercancías más básicas para nuestra subsistencia.** Está allí siempre que nos venden mierda saborizada a un precio cada vez mayor y siempre que se nos impone el consumo de una mercancía fútil y sin sentido, como son hoy los mercachinfles tecnológicos de todo tipo. A su vez, el "tiempo libre" también sigue el mismo camino, estando sujeto y siendo objeto de las necesidades de valorización del Capital. Bajo formas cada vez más degradantes el tiempo de descanso o de no–trabajo es ocio alienado.

Año tras año, se reproduce el clásico conflicto salarial entre capitalistas y trabajadores (sobre todo de aquellos sindicalizados). En ese contexto, emerge, en contraste al aumento del *salario nominal* (el aumento bruto del dinero percibido), el concepto de *salario real* (salario que se coteja con la inflación y otros determinadores del poder de compra) que, dependiendo de varios factores como las condiciones económicas, la importancia de cada sector, así como la intensidad de las luchas, puede disminuir o aumentar. Pero, además, y esto pocas veces se pone en cuestión, el concepto de plusvalía relativa visibiliza además otro determinante en torno al salario.

Es que, como veíamos antes, en tanto disminuya la cantidad de trabajo incorporado en cada mercancía que se contemple dentro de la reproducción de la fuerza de trabajo, el salario relativo a la plusvalía disminuye. Esta disminución del *salario relativo* (que disminuye permanentemente) es una expresión de la degradación permanente de lo producido. Expresiones de lucha contra este fenómeno emergen aquí y allá, aunque en muchos casos los proletarios quedan reducidos a meros consumidores contra el aumento de ciertos productos y servicios, y contra los excesos o la corrupción de algunos capitalistas. Esta escisión entre "luchas en el ámbito de trabajo" y "luchas de consumidores" disgrega a los proletarios en lucha y les impide tener un programa unitario contra la explotación capitalista.[22]

Con todo este desarrollo debe quedar claro que, si bien se está hablando de transformaciones en el proceso de trabajo y en las formas de explotación, estas repercuten y son inseparables de la totalidad de la vida social.

Plusvalor y ganancia: iguales pero diferentes

En los apartados anteriores hablábamos tanto de plusvalor como de ganancia, pero estos conceptos suelen confundirse. Mientras el plusvalor es el resultado del plustrabajo (del "trabajo no pagado") y su comprensión muestra que solo el capital variable (capital invertido en fuerza de trabajo) es el que crea nuevo valor; por contra, la ganancia, forma en la que se transforma el plusvalor en la superficie, es una categoría que oculta esta realidad interna mostrando cada parte componente del capital (capital variable y capital constante) participando por igual en la creación de nuevo valor. Efectivamente, oculta que **solo la parte invertida en capital variable crea nuevo valor, mientras que el capital constante solo lo transfiere.** Precisamente, la tasa de ganancia se calcula en la relación de la ganancia con el Capital global mientras que la tasa del plusvalor es la relación del plusvalor sólo con el capital variable.

El Capital se nutre de la extracción de plusvalor, e impulsa a los capitalistas a realizar dicha extracción, pero estos, al tener una visión y una sensibilidad sumamente parcial y limitada de las necesidades generales del Capital, solo pueden apreciar esa necesidad, y realizarla prácticamente, tomando nota de la tasa de ganancia.[23] Como los capitalistas solo pueden percibir, calcular y especular con la tasa de ganancia, esta es la referencia que hace redistribuir los capitales particulares según las necesidades del mercado.

Pongamos un ejemplo de una empresa del sector autopartista. Luego de años de una alta tasa de ganancia en el sector, esta comienza a disminuir por un creciente flujos de capitales hacia el mismo. Esto puede provocar que la empresa decida reconvertir parte de su producción y dedicarse a la confección de fuselajes para aeroplanos, ya que dicha reconversión no resulta costosa, y en dicho mercado hay actualmente escasa competencia y una mejor tasa de ganancia. También hay fenómenos relativamente

mismo. Es por eso que diferentes expresiones proletarias de rechazo al aumento de la productividad no resultan únicamente de un aumento de la plusvalía relativa sino también absoluta, sufriendo directamente en el proceso laboral el incremento del trabajo.

22 En ocasiones particulares, la fuerza proletaria ha logrado expresar una crítica práctica conjunta. Ejemplo de confluían se combinaban las luchas en los lugares de trabajo con la práctica sistemática de las *autoreducciones*, pagando menos o directamente no pagando la factura de la energía eléctrica, los alquileres, etc. En la actualidad, también podemos encontrar diversos ejemplos de luchas que se han generalizado a partir del enfrentamiento al incremento de los precios de bienes o servicios como el caso del transporte urbano en Brasil en la última década.

23 Esto se profundiza a continuación en *Contradicciones capitalistas*.

recurrentes en los ciclos económicos, como cuando luego de un boom en la construcción disminuye la tasa de ganancia de ese sector. Es entonces cuando veremos capitales alejarse hacia otros sectores, quizás hacia el sector inmobiliario, o inversiones en plazos fijos por el aumento de la tasa de interés.

«Cada capitalista intenta naturalmente convertir su posición en el mercado en una oligo o monopólica. Mientras que esto resulta favorable a sus intereses como valorizador de su capital indidivual, resulta contrario a los intereses del capital en general. Al colocar un precio a sus productos mayor que el precio de producción, un capital monopolístico recibe de otros capitalistas una porción mayor del plusvalor social total, que excede la tasa normal de ganancia. La ganancia del monopolista ralentiza la acumulación de los demás.» (Bruno Astarian, *¡Todo debe irse! La abolición del valor*)

De ahí que capitales con diferentes composiciones orgánicas de capital[24] obtengan la misma tasa de ganancia. Adquieren su tasa de ganancia no del capital variable que explotan sino del capital total que invierten en un sector determinado. La competencia, el movimiento imparable de capitales de un sector a otro en busca de ganancias mayores, la llegada masiva de capitales a tal sector por haber una ganancia mayor, su fuga hacia otro pues la masiva competencia he hecho caer ahí la tasa de ganacia... es un movimiento imparable. Vemos que bajo el efecto de la competencia, las diversas tasas de ganancia se igualan en una tasa de ganancia general, que es la media de todas las tasas de ganancia. Se comprende así que la tasa general de ganancia corresponde a un capital de magnitud determinada, cualquiera que sea su composición orgánica.

Por lo tanto, un capitalista rara vez percibe una ganancia equivalente al plusvalor extraído en su empresa particular, sino que dependerá de la tasa de ganancia. Además, parte de su ganancia es repartida entre los diferentes capitalistas (productor directo, distribuidor, prestamista, arrendatario…). De ahí que categorías tan oscuras como la renta de la tierra o el interés son partes integrantes de esa ganancia y tienen por tanto en el plusvalor su génesis.

Queda claro por tanto que plusvalor y ganancia no son sinónimos. No son un único concepto solo que analizado desde dos puntos de vista distintos. No son la "forma proletaria" y la "forma capitalista" de llamar a lo mismo. Plusvalor y ganancia se balancean en el final del ciclo completo de acumulación, donde la masa social de plusvalor es la que equivale a la masa social de ganancia.[25]

De esta manera, gracias a la tasa de ganancia se concretan funciones elementales de la actividad capitalista, garantizando una redistribución permanentemente de capitales que abrazarán siempre los intereses generales del Capital (cumpliendo, por ejemplo, funciones de crédito, bajando los costos de la energía utilizada, etc.). También asegura que, a pesar de que una actividad pueda resultar poco ética o glamorosa según ciertos parámetros, si su rentabilidad es seductora habrá capitales dispuestos a llevarla a cabo. Pero esto no resulta instantáneo, y otras determinaciones (culturales por ejemplo) influyen en este proceso:

«Tomemos a un contratista que ha estado a cargo de una empresa de plomería por cuarenta años empleando a un par de sus sobrinos. Él sabe que conseguiría una mayor tasa de ganancia si liquidara la empresa e invirtiera su dinero en un bar de lujo atendiendo a yuppies en un barrio gay, pero no lo hace. Sus prejuicios contra los homosexuales, o posiblemente sus convicciones religiosas contra el consumo de alcohol, o tal vez tan solo su apego al negocio familiar, son una barrera para llevar a cabo ese movimiento de capital.» (Prole Info, *El monstruo de la vivienda*)

El movimiento de capitales en torno a la tasa de ganancia también es importante para pensar el desarrollo de ciertas cooperativas y emprendimientos autogestivos en las últimas décadas, donde los trabajadores quitan al patrón del medio (o por lo general es el patrón el que decide irse) y se ponen ellos mismos a administrar sus empresas. En primer lugar, tengamos en cuenta que **si un capitalista decide irse se debe a que la tasa de ganancia en esa rama productiva no es lo suficientemente alta.** Por lo tanto, los trabajadores no tienen demasiada ganancia que gestionar o distribuirse al tomar las riendas de la producción. Al hacerlo, ayudan al Capital a correr del medio a un burgués que le sale demasiado caro en tiempos de crisis. Además, en muchos casos, si la empresa autogestionada sale adelante se debe a que los trabajadores se someten a unas condiciones de explotación que no permitirían nunca a un burgués. Si un patrón quisiera implementar medidas como bajar los salarios abruptamente o incluso pasarse meses sin pagarlos, aumentar el ritmo, obligar a los trabajadores a comprometerse de manera gratuita en la organización del proceso laboral, dejar de pagar cajas previsionales y demás seguros sociales; su empresa tardaría poco en arder en llamas. Bajo la autogestión, con el peso de la ideología de que "la empresa es de los trabajadores y trabajan para ellos mismos" la alienación es llevada al sumum donde se aceptan toda esa clase de sacrificios. Pero incluso en el hipotético caso de que los trabajadores logren administrar eficazmente la producción, manteniendo así una alta tasa de ganancia, siempre deberán destinar una parte importante de ésta al crecimiento de su capital particular, del que ahora son propietarios. En definitiva, el Capital siempre continúa creciendo a costa de su trabajo.[26]

24 La composición orgánica del capital se refiere a la relación entre capital constante y capital variable, es decir, entra la parte de capital destinada a los medios de producción y la invertida en fuerza de trabajo.

25 Aunque el capital ficticio quiebra temporalmente ese proceso, en aras de lo estamos intentando desarrollar, puede omitirse. Ver más adelante el apartado *Notas sobre el capital ficticio*.

26 La problemática de la autogestión será abordada en mayor profundidad en el próximo número de Cuadernos.

"Minusvalías"

> «Dado que el capital que se adelanta en forma de salarios y en forma de bienes complementarios supone también una espera y asunción de riesgos para el capitalista, ¿no será que la plusvalía no procederá del atraco a mano armada al trabajador sino de la remuneración de esos dos factores productivos (tiempo y riesgo)?» (Juan Manuel Rallo, *El fiasco de la teoría marxista de la explotación*)

El burgués en su individualismo y mezquindad hace funcionar el Capital global. Y aunque sea un triste funcionario del Capital se supone a sí mismo héroe y mártir de esta sociedad al que deberíamos venerar. Así, la explotación que sufrimos día a día es presentada como una "teoría marxista" sino como un hecho completamente subjetivo. «El tiempo y el riesgo son factores tan productivos como el trabajo» dicen los especialistas a sueldo ocultando que nuestra fuerza de trabajo no se puede acumular y esperar para venderla a mejor precio. Ocultando a conciencia que quienes solo tenemos nuestra fuerza de trabajo nos arriesgamos día a día en trabajos de mierda, yendo o volviendo de ellos. Pero **los burgueses declaran su propio riesgo el más arriesgado: el riesgo de no generar ganancia. Así al arriesgarse a las supuestas minusvalías tendrían pleno derecho a las plusvalías.** Nosotros también —sin más opción— nos arriesgaríamos entonces a las minusvalías en cada ajuste, en cada plan de austeridad, cuando la empresa cierra y nos dejan sin trabajo. Cada trabajador día a día adelanta trabajo que no es pagado por adelantado ni recibirá más dinero por semejante peligro. Un ladrón puede arriesgar su vida de un momento a otro y el burgués asaltado no lo recompensará con más de lo robado por el riesgo asumido. Porque el capitalismo no es un sistema moral. **Cuando el inversor arriesga dinero y gana más que el proletario que arriesga su vida, pues su fuerza de trabajo es inseparable de su cuerpo, aprendemos una importante lección: la fuerza de trabajo de un proletario (y con ello su vida) vale menos de lo que pensábamos.** Y el solo hecho de que esto sea calculable ¡y no que sea cara o barata! es motivo suficiente para lanzarse a la lucha contra esta sociedad mercantil generalizada.

Sin sonrojarse, pues los autómatas no se ruborizan, cualquier amplificador humano de la ideología dominante reduce discursivamente todo este entramado social a hechos particulares donde se podría elegir ser o no un trabajador, un sin techo o un empresario. De una manera u otra, nos dicen que «los trabajadores no lo son por la fuerza, pues no son esclavos, son libres y eligieron no ser empresarios o autónomos porque no quieren asumir los riesgos. En cambio, quieren ingresos predecibles y frecuentes, en lugar de invertir para cobrar quizás bastante más en meses o años.» Del mismo modo los pobres no serían empresarios porque no quieren ahorrar y esto sería «una cuestión de mentalidad y no de clases sociales». Detrás de esto suele venir la misma cantinela sobre la importancia de la educación para civilizarnos mejor. Sin embargo, la cuestión puede explicarse claramente pero con concepciones que van contra toda la razón dominante:

Son condiciones históricas —y no naturales o derivadas del azar— las que determinan que vendamos nuestra fuerza de trabajo. Somos privados de los medios para producir plenamente nuestra vida. Quienes uno a uno constituimos el proletariado fuimos y somos privados de relación directa con la naturaleza (tanto humana como no–humana) para satisfacer nuestros deseos y necesidades, limitados a ofrecer en el mercado una sola mercancía: nuestra fuerza de trabajo. Venderla o reventar es nuestra elección, esa es nuestra libertad.

Crédito e interés

Comentábamos en el apartado anterior que la ganancia se reparte entre los diversos capitalistas. Si bien hay repartos que no son difíciles de comprender, tales como el que realizan el capitalista productor directo y su capitalista comercial que le vende el producto, hay otros que generan más problemas para captarlos como el interés y la renta de la tierra.[1] Para poder captar en profundidad el primero pongamos el ejemplo del ciclo de un capital particular.

Imaginemos que un capitalista pide un crédito para poder realizar su ciclo de producción y reproducción. Que el crédito tiene hoy en día un papel cada vez más imprescindible en ese movimiento es evidente. Por supuesto que el prestamista en ese contexto exigirá no solo que le devuelvan íntegramente su dinero tras finalizar la fecha acordada, sino recibir a cambio una contrapartida económica. De lo contrario, se quedaría con su dinero o lo invertiría directamente en el proceso productivo. El capitalista productor deducirá una parte de su ganancia para pagar a su prestamista. El interés es la forma que adopta esta peculiar forma de dinero que genera ese préstamo para el prestamista. La tasa de interés que se cristaliza en ese sector imperará por supuesto en todo préstamo, independientemente de lo que haga el prestatario con el dinero. Pese a que desde el punto de vista del prestamista el movimiento se muestra sintetizado en D–D', vemos claramente cómo ese interés tiene sus bases en una deducción de la ganancia al capitalista prestatario. En nuestro ejemplo, cuando este último recibe el dinero del capitalista prestamista lo gasta en su aparato productivo, obteniendo un producto cuya venta pagará los correspondientes salarios, medios de producción y materias primas, quedando un remanente emanado de la parte del plusvalor social que se embolsa como parte de su ganancia, si bien cierta porción tendrá que cedérsela al prestamista en forma de interés.

1 Ver más adelante el apartado *Renta de la tierra*.

En estas condiciones, el burgués se erige en mediador entre dos "cosas" que antes de él se encontraban integradas en una totalidad: la actividad humana y la naturaleza. Así y solo así la actividad humana es degradada en trabajo y la capacidad de trabajo produce un valor superior a aquel que se necesita para reproducir esa fuerza de trabajo. Entonces, el burgués paga el valor de esa fuerza de trabajo, que es el valor de las mercancías necesarias para reproducirla.[27]

¿Es el comunismo entonces que cada trabajador se quede con el equivalente al fruto íntegro de su trabajo? No y mil veces no. Eso es lo que ha traficado la socialdemocracia por comunismo, una reforma quizás utópica dentro de los estrechos márgenes estatales y capitalistas.

«De cada uno según su capacidad a cada uno según su necesidad» es una manera de enunciar con sosas palabras lo que entendemos por comunismo. Contra la administración, maximización y la cuantificación por parte de este o cualquier Estado. Pero también contra la ilusión de un mundo de individuos atomizados que intenten cuantificar individualmente su producción y su retribución. No porque esté moralmente errado sino porque es imposible hacerlo, solo la mentalidad capitalista recurre a estas falsedades. Necesariamente debemos partir de la génesis social de la producción de nuestro mundo. ¿Quién ha creado desde la nada? ¿Quién tiene una ocurrencia que no haya sido directa o indirectamente influenciada por las relaciones sociales que mantiene? ¿En quién comienza una idea? ¿En quién comienza un invento? Toda producción es social.

«Está claro que cada persona es única y particular, pero cada persona es también un ser colectivo que se afirma en ello a cada momento. La revolución no supone el triunfo de las masas aplastando a cada ser, la revolución —entre otras cuestiones— supone la supresión del "individuo" en tanto que egoísta y limitado, dando lugar al ser humano "particular" que no se opone a su especie sino que se desarrolla junto a ella.» (Cuadernos de Negación nro. 3, *Contra la sociedad mercantil generalizada*)

En esta horrible ilusión capitalista, se reitera el hecho de considerar al Capital, como un simple y neutro "factor de producción" más. Cuando este, no es más que capa tras capa tras capa de plusvalor, de despojo, de fruto de la explotación cristalizados en forma de dinero que ingresa inocentemente y de manera reiterada al proceso de producción pidiendo más trabajo. Todo capital es plusvalor.

Imaginemos un ejemplo fácil y simple. Seamos benévolos con el capitalista y digamos —haciendo abstracción de la imposibilidad de la hipótesis por las propias necesidades de la valorización en el capitalismo— que nuestro capitalista se limita a la reproducción simple de su capital. Que tiene un capital de 100 y que la mitad lo gasta en fuerza de trabajo y la otra mitad en capital constante (que para facilitar nuestro ejemplo digamos que es todo materia prima y entra integralmente en el producto final). Imaginemos que la tasa de explotación es del 100%. En cada ciclo D–M–D' sus 100 se convierte en 150 (50 reproducen el valor de la fuerza de trabajo, 50 transfieren el valor de los medios de trabajo y otros 50 son el plusvalor que se embolsa nuestro burgués). Como decíamos, no acumula capital, por lo que se gasta todos los 50 para su lujosa nueva vida y reinvierte los 100 que le quedan de nuevo en fuerza de trabajo y medios de producción. Cuando vuelve a terminar una segunda rotación se encuentra en la misma situación. Otros 50 para sus gastos y 100 para su negocio. Sin embargo, llegados a este punto, el burgués ha dilapidado 100 en sus necesidades (comidas, fiestas, lujos…). Es decir el capitalista ha gastado todo su capital original. Y sin embargo tiene intactos 100, listos para ingresar de nuevo a la producción y volver a generar 50 de plusvalor junto a la conservación de los 100. Todo en un ciclo infinito. Es fácil deducir de donde siguen saliendo no solo los 50 de nuestro buen burgués, sino los 100 que invierte en obreros y medios de trabajo: del trabajo de sus obreros. No hay nada en su capital que no provenga del plusvalor, todo es trabajo impago. Todo se paga con el trabajo de los proletarios: sus salarios, los medios de producción, sus necesidades privadas y vicios también. Que en la realidad que vivimos cada capital particular no solo exija esa reproducción simple, sino su constante ampliación por medio de la acumulación, es algo que percibirá rápido el burgués como una exigencia para mantener su condición de clase.

Productividad y estandarización

A lo largo de este nro. de Cuadernos hemos expuesto cómo se interrelacionan el mercado y el proceso de producción, cómo sus movimientos se determinan mutuamente y en función de la valorización del valor. De este modo, la necesidad de estandarización, uniformización de los procesos productivos y mercancías particulares, son el resultado de ese proceso interrelacionado y no podemos separarlo como si se tratasen de exigencias del mercado o de la esfera productiva de manera aislada.

La mujer que hace una estantería para su familia, hace la estantería que su familia necesita, con los medios disponibles al alcance de esta. Cuando ella se convierte en una trabajadora independiente (carpintera en este caso), tendrá que realizar estanterías que cubran diversas expresiones de las demandas de quienes quieran guardar objetos en sus casas, aunque tenga poco o nulo conocimiento de cuales puedan ser, ya que ella es una productora privada e independiente. Esto evidentemente modifica la estantería realizada.

Lo usual es que los productores no fabriquen por demanda sino para un mercado[28] y, además, estos tienden a ser integrados

27 «Su valor [el de la fuerza de trabajo], al igual que el de cualquier otra mercancía, estaba determinado antes que entrara en la circulación, puesto que para la producción de la fuerza de trabajo se había gastado determinada cantidad de trabajo social, pero su valor de uso reside en la exteriorización posterior de esa fuerza.» (Karl Marx, *El Capital*)

28 Se podría pensar que hay excepciones al respecto... que todavía perduran quienes producen específicamente a pedido, para satisfacer una necesidad particular, pero incluso en estas excepciones por las cuales no se rige el mercado, la estandarización del mercado se presenta con el peso arrollador de las múltiples determinaciones que ejerce

en procesos de trabajo más generales del cual cada uno solo realiza un pequeño fragmento.[29] Sea cual sea el caso, sabemos que en general, producimos para las necesidades del Capital y no para las necesidades humanas, y **la expresión más nefasta de este proceso de estandarización, es que esas necesidades humanas terminan estandarizándose y convergiendo en las necesidades del Capital.**

Como expresa Bruno Astarian (*¡Todo debe irse! La abolición del valor*): «**Para entender la estandarización de objetos y actividades bajo la ley del valor, debemos empezar con la diferencia entre utilidad y valor de uso.** Esta diferencia no fue tratada por Marx en el capítulo 1, como mencionamos anteriormente Marx y Engels se limitan a afirmar que el producto debe ser útil a alguien más... Pero los productores tienen solo una visión sesgada y parcial del mercado, no sabe exactamente qué es ese "útil". Solo la venta confirmará que la apuesta del productor era correcta. La estandarización, como veremos, es parte de esa apuesta, que es inherente a la producción mercantil.... Esta imprime una clara marca social en la utilidad del objeto. Uso la frase "valor utilidad" para subrayar el hecho de que la utilidad de una mercancía no es algo natural. Lo que se produce es, justamente, una mercancía. El concepto de "valor de uso" ha sido empleado usualmente como "la utilidad de la cosa", el mero medio para el valor de cambio, o incluso como algo bueno (opuesto a la maldad del valor de cambio) que servirá a nuestro propósito. "Valor utilidad", en contraste debe ser construido como una categoría enteramente social, y una parte integral de la teoría del valor.»[30]

La estandarización además, debe ser comprendida en su genuina dimensión respecto al mercado mundial. Cuando una actividad productiva se especializa y se separa de la comunidad en la cual se basaba y donde encontraba su necesidad, pierde las características particulares de esa comunidad. Debe entonces, asumir un grado suficiente de generalidad para permitir su integración en la interdependencia social de los procesos de trabajo en formación, con pequeño o nulo conocimiento de cuáles son o serán sus parámetros.[31]

Esa estandarización, además, penetra en lo más profundo de la actividad humana y se materializa en las diferentes determinaciones de la división del trabajo. La fuerza de trabajo que se sintetiza en las mercancías no puede pensarse como previa a la estandarización y mercantilización, y que luego pasa a estar inmersa en condiciones de mercado. No hay punto de partida ajeno a todo esto, hay una forma específica de trabajo, definida por la continua búsqueda de productividad y estandarización. De la misma forma, una papa, no puede considerarse como una "papa pre–valor" que luego será llevada al mercado. La determinación de plantar esa papa, sacarla, transportarla, el por qué esa especie de papa en particular, en ese terreno, bajo esas condiciones sociales particulares; es producto de este proceso de estandarización.

Es sencillo criticar el valor de uso en aquellas mercancías que el sentido común percibe como innecesarias, suntuosas, o antihumanas. No tiene mucho mérito criticar a la industria bélica, o a los enormes carteles publicitarios que abundan en las ciudades donde vivimos y morimos. Pero se vuelve cada vez más necesario generar una crítica de la producción incluso de los elementos que consideramos más necesarios y esenciales. Es el mismísimo proceso de valorización y estandarización el que envenena los alimentos que compramos, que disminuye permanentemente la calidad de los utensillos y herramientas básicas que utilizamos en nuestra cotidianidad, que unifica y arruina la belleza de la diversidad natural en pos del mercado mundial.

Y es el mismo proceso de estandarización el que nos estandariza. Imprimiéndonos los mismos gustos superficiales a todos por igual, aprendemos a necesitar lo que nos ofrecen. En el desierto de lo igual, todo es aplanado para convertirse en objeto de consumo.

---

todo el conjunto de las mercancías sobre esa necesidad particular. Esta, además, en muchos casos, puede ser una necesidad particular en relación a un proceso productivo, como puede ser un software o una máquina hechos a medida del capitalista. En el imaginario de la producción por demanda, suele relacionarse con esta a la producción suntuosa o de lujo, pero las expresiones sociales de esta forma productiva son mucho más diversas.

29 Es preciso detenerse aquí, ya que una de las más difundidas vulgatas marxistas denomina alienación a este proceso de parcialización, distorsionando enormemente la importancia real de este concepto. Luego, y por sobre esto, como veremos en el siguiente nro. de Cuadernos de Negación, el movimiento de empresas recuperadas en la región argentina, siguiendo esta distorsión, establece como reivindicación esencial, el conocimiento integral del proceso de trabajo por parte de cada trabajador, como forma de restitución de su dignidad y su carácter de productor.

30 Remarcamos junto con Astarian, la importancia de no fetichizar al valor de uso, como si la revolución se tratara de una vuelta al mismo (como postulan muchos quienes se involucran en los programas de comercio justo). La mercancía reviste un doble carácter en tanto valor de uso y valor de cambio y de lo que se trata es de su destrucción como forma social, junto con todas sus determinaciones.

31 Como corolario monstruoso, podemos pensar en las grandes luchas que existen actualmente en muchos rincones del mundo contra la proliferación de semillas hibridas o modificadas genéticamente, que por fuerza del mecanismo de la ganancia, o por su propia constitución técnica, tienden a hacer desaparecer diversas especies locales, sustento histórico de la alimentación de comunidades humanas y de la fauna regional.

Renta de la tierra

Un momento incomodo de las formulaciones más vulgares de la teoría del valor–trabajo tiene que ver con el precio de mercancías que no son producidas, y que por lo tanto no tendrían valor.

«Cosas que no son de suyo mercancías, como por ejemplo la conciencia, el honor, etc. pueden ser cotizadas en dinero por sus poseedores y recibir a través del precio el cuño de mercancías. Cabe, por tanto, que una cosa tenga formalmente un precio sin tener un valor. Aquí, la expresión en dinero es algo puramente imaginario, como ciertas magnitudes matemáticas. Por otra parte, puede también ocurrir que esta forma imaginaria de precio encierre una proporción real de valor o una relación de ella, como sucede, por ejemplo, con el precio de la tierra no cultivada, que no tiene ningún valor, porque en ella no se materializa trabajo alguno.» (Karl Marx, *El Capital*)

Que la tierra tenga un precio, que pueda medirse y concebirse en términos socialmente unificados, es producto también del proceso de estandarización. Solo cuando dos parcelas pueden compararse en relación a la producción de un cultivo determinado, respecto al potencial para la cría de un animal transformado históricamente por la acción humana, o como territorio donde existe tal o cual cantidad de un mineral en particular, es que el acceso y el derecho privado sobre esa parcela pueden medirse respecto a su expectativa de éxito en una producción capitalista.

Luego también la acción de los capitales, en su desarrollo y moldeo de las condiciones de vida urbanas, determina también el precio de la tierra en su función distributiva (comercial). Son las parcelas que se encuentran en las zonas más pobladas o pudientes las que tienen un precio de alquiler mayor, precisamente porque es en estas donde se puede desarrollar una máxima ganancia. Así es que el dueño de la tierra capta en mayor o menor medida parte de la plusvalía que el capital comercial obtiene (nuevamente en mayor o menor medida) del capital productivo.

Pero, a la vez, debemos tener en cuenta que, si bien el sustrato último sobre el que descansa el derecho de propiedad no fue producido, sí existe un trabajo incorporado sobre algunas tierras, que maximiza el potencial productivo de estas. Tanto los trabajos privados (roturación, mejoramiento de suelos, parquizado, etc.) como estatales (acceso a energía, obras contra las inundaciones, caminos, vigilancia y regimentación de la propiedad privada, etc.) aumentan el precio de la tierra porque efectivamente son procesos de valorización per se, donde se cristaliza trabajo vivo.

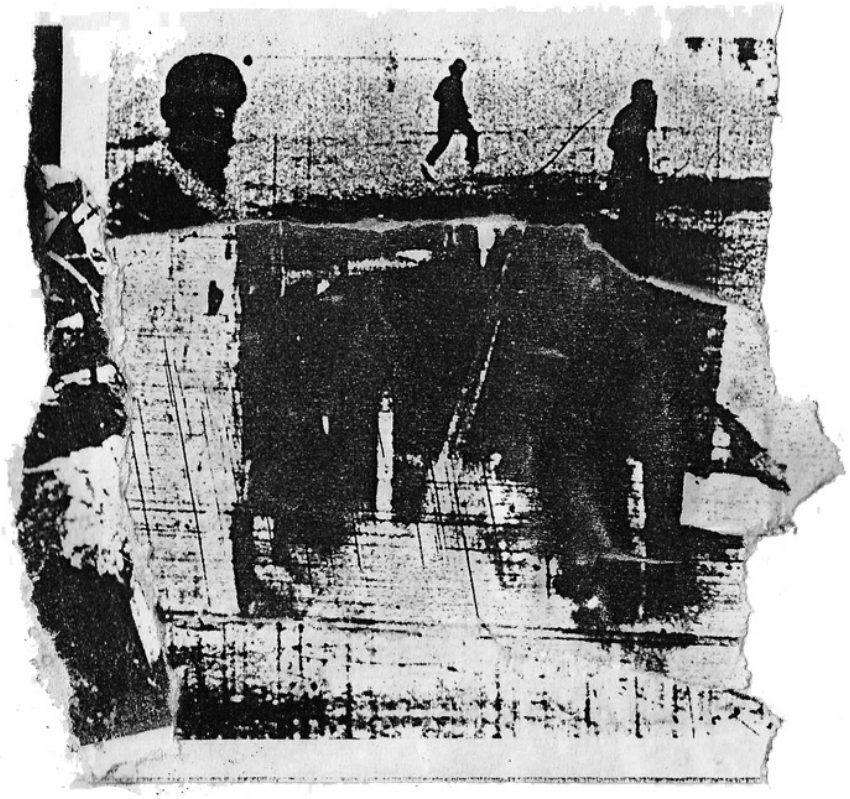
Por lo tanto, la renta proviene de la diferencia productiva que aporta una tierra en relación a otra. La que confiere más productividad al trabajo arrojará una plusganancia en comparación a la que confiere menos. Imaginemos en agricultura tierras que alberguen un río subterraneo en comparación con otras que tengan que traer el agua, pagar la primera tiene la misma ventaja que posee un capitalista con el plusvalor relativo al introducir algún invento tecnológico que hace más productivo el trabajo. La única diferencia es que aquí esa plusganancia se convierte en renta de la tierra que va a parar al bolsillo del arrendatario (que el propietario de la tierra sea el mismo que el capitalista agrónomo no aporta ninguna diferencia al análisis, sí al bolsillo del capitalista que se reparte el botín consigo mismo).

Por otro lado, surge la pregunta de qué pasa en las peores tierras, en las que pese a todo se paga renta. Marx insiste frente a la economía política que la renta en estos casos también existe y que es una deducción de la ganancia. Para él la composición orgánica del capital en la agricultura y en la extracción siempre va retrasada con respecto a la composición media imperante, siempre hay más trabajo vivo utilizado que el promedio en los demás sectores. Al mismo tiempo, la propiedad de la tierra opera como límite al libre movimiento de capitales lo que restringe la nivelación de la tasa de ganancia, permitiendo por lo tanto una plusganancia respecto a las otras esferas productivas.

Por lo tanto, «en todas partes donde las fuerzas naturales sean monopolizables y le aseguren al industrial que las emplea una plusganancia trátese de una caída de agua, de una fructífera mina, de aguas abundantes en pesca o de un solar bien ubicado[…] el propietario de esos objetos naturales le intercepta esa plusganancia, en la forma de renta, al capital actuante.» (Karl Marx, *El Capital*)

Es evidente que esta renta de la tierra pertenece exclusivamente a la forma de producción capitalista y nada tiene que ver en cuanto a su conformación con la antigua renta de la tierra. Su nexo común es el título de propiedad de la tierra, solo que en el capitalismo esa tierra está subsumida al Capital. No solo la renta se conforma según las leyes capitalistas, sino también su venta. De ahí que el precio de la tierra en el capitalismo se refiera a un producto del trabajo humano pese a que la tierra no es producida (que sí mejorada, transformada…); Se refiere al título de propiedad de la misma que permite a su poseedor acaparar una parte de la ganancia (plusganancia). **Es un título que permite absorber una parte del plustrabajo.** El precio de ese título está determinado, por tanto, por esa renta en tanto que renta capitalizada. Efectivamente, en general, la tierra se vende como si de un título de capital dinerario se tratara.[1]

1 Por poner un ejemplo, si 1.000.000 de dólares me da 100.000 dólares al año de intereses, una renta de 100.000 dólares por un terreno equivale a que ese terreno vale 1.000.000 de dólares.



CONTRADICCIONES CAPITALISTAS

La socialización privada de la producción capitalista

En el capitalismo, los trabajos privados de las unidades de producción aisladas se socializan en el mercado, es decir, a través del intercambio de mercancías. Se produce en función de un intercambio exitoso, no de las necesidades propias y ajenas. Perseguir el mayor rédito posible afecta el carácter que asume la producción, así como la calidad de los materiales y procesos laborales. Esa es la socialización capitalista.

El trabajo privado de los productores se relaciona con el trabajo de todos los demás productores de mercancías convirtiéndose en trabajo social, porque el producto de cada trabajador es igualado como valor con todas las otras mercancías. Todo trabajo concurre entonces a la misma economía mercantil y totalitaria.

«(…) las mercancías de cada productor individual aparecen en forma despersonalizada como ejemplares separados de un tipo determinado de mercancías, independientemente de quién las produjo, o dónde, o en qué condiciones específicas. Las mercancías, los productos de los productores individuales de mercancías, circulan y son evaluadas en el mercado. Las conexiones e interacciones reales entre las empresas individuales —que podríamos llamar independientes y autónomas— surgen de la comparación del valor de los bienes y de su intercambio.» (Isaak Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*)

Esta socialización capitalista de la producción ha promovido, gracias a un imponente desarrollo de las fuerzas productivas, que los proletarios estemos cada vez más privados de los medios de subsistencia. La ultra–especialización y división internacional del trabajo, así como la mercantilización de cada vez más aspectos de la vida, hace que nuestros trabajos y nuestra cotidianidad estén cada vez más integrados en la sociedad capitalista, mientras nos sentimos cada vez más solos y frágiles. La generalización de la mercancía es la generalización de la atomización social y de la miseria.

El progreso capitalista se vende a sí mismo como un progreso de la humanidad, y esta idea es muy difundida por quienes creen que se trata más bien de un problema de gestión. **Quieren socializar una producción que solo existe a expensas de lo privado**. Privado no solo como privación material de los medios de vida sino como destrucción de la comunidad. **Necesitamos una socialización humana completamente opuesta a la lógica del intercambio**.

La contradicción capital–trabajo

En muchos casos se dice que capital–trabajo es la contradicción fundamental del capitalismo. Se ha enunciado como la contradicción entre el carácter social del trabajo y el carácter privado de la apropiación capitalista, que no es ni más ni menos de lo que hablábamos anteriormente. Es decir, las penurias a las que es sometido el proletariado a costa del desarrollo capitalista.

Incluso si lo pensamos desde el valor de uso y valor de cambio vemos como el Capital hace del trabajo una parte de su ser en tanto capital variable, al mismo tiempo que como contraposición lo lanza constantemente al mercado como fuerza de trabajo. A su vez, como veremos con mayor profundidad más adelante en la contradicción valorización–desvalorización,

Algunos tratan de convencernos que el dinero, así como las contradicciones sociales que genera el capitalismo, pueden ser suprimidos con la emisión de bonos horarios, bancos de tiempos o creando "monedas sociales justas". La incomprensión total de lo que es el dinero, y más concretamente el valor como forma social, les lleva a creer que estos malabarismos en materia de circulación monetaria ponen límites o cuestionan la existencia misma del dinero. El bono horario —o los bancos de tiempo—, que es la versión más extrema de todas esas alternativas monetarias, quiere sustituir la mediación dineraria y ser una expresión "auténtica" y "directa" del trabajo de la sociedad, hacer directamente social la producción. Pero es la mayor de las ilusiones creer que la forma particular que adquiere la mediación social en el capitalismo es la que hace que la producción sea o no directamente social. **El dinero existe precisamente porque la producción no es directamente social, sino que requiere del intercambio para socializarse.** Contrariamente a las ilusiones del bono horario, el trabajo abstracto no puede expresarse directamente pues solo produce una forma social, necesita de una mediación objetiva para obtener una forma universal, necesita de un producto simbólico universal. Como la producción sigue siendo para la sociedad y en la sociedad, pero al mismo tiempo esta producción no es inmediatamente social, esa mediación es indispensable, el dinero es una condición. El bono horario quiere hacer las veces del dinero pero sin las implicaciones y contradicciones del dinero, por eso naufraga. **El dinero no hace más que expresar las relaciones sociales de producción, toda mediación solo puede funcionar en última instancia como dinero y expresar todas sus miserias de una u otra forma.** Lo que todo esto esconde es que todas esas "transformaciones" del dinero dejan intacto y protegen precisamente lo que genera el dinero: el modo de producción mercantil, las relaciones sociales capitalistas, el intercambio, el valor.

el Capital debe hacer disminuir relativamente cada vez más la parte destinada a la compra de fuerza de trabajo en relación a la destinada a los medios de producción, con toda una serie de implicaciones brutales sobre el proletariado.

Aquí lo importante es tomar nota de que la contradicción no se resuelve mediante otra forma de apropiación de la producción, "haciendo realmente social el producto del trabajo", sino de la superación revolucionaria del capitalismo destruyendo al Capital y al trabajo. **Se trata de contradicciones inmanentes que dan vida al capitalismo, que no contienen una salida revolucionaria en ninguno de sus polos sino en la superación de ambos.**

En cambio, el marxismo se constituyó bajo la premisa de que la defensa del polo del trabajo constituía el camino hacia el comunismo y, por tanto, otorgaba un carácter revolucionario a la contradicción capital–trabajo. La socialdemocracia en general asumió y asume esa perspectiva sacralizando al trabajo, haciendo de él su premisa fundamental. Nos llaman a defender el trabajo, incluso en nombre de la "revolución".

Por el contrario, en la contradicción proletariado–Capital, o más aún entre el Capital y la vida, podemos hablar de un polo antagónico que contiene una salida revolucionaria.

«La práctica totalidad de los seres humanos alzándose contra la totalidad de la sociedad capitalista, la lucha simultánea contra el capital y el trabajo, dos aspectos de una misma realidad: es decir, el proletariado debe luchar contra su propia dominación para ser capaz de destruirse a sí mismo como clase y destruir el capital y las clases. Una vez que la victoria esté asegurada a escala mundial, la clase universal, que en realidad se constituye (formación del partido, según Marx) a largo de un proceso inmenso que precede a la revolución en la lucha contra el capital, que ha sido psicológicamente transformada y que ha transformado la sociedad, desaparecerá, ya que se convierte en la humanidad. No hay grupos fuera de ella. El comunismo se desarrolla entonces libremente. La fase inferior del socialismo ya no existe, y la fase de la dictadura del proletariado se reduce a la lucha por destruir la sociedad capitalista, el poder del Capital.» (Jacques Camatte, *Capital y Gemeinwesen*)

La perspectiva revolucionaria puede parecer un purismo imposible de asumir cuando hay que sobrevivir y luchar al interior del capitalismo en un contexto como el actual. Sindicalistas y reformistas en general dirán que a las contradicciones hay que asumirlas, que hay que meter los pies en el barro, que el proletariado solo puede luchar por lo inmediato, que no es momento de hablar de la revolución.

Se nos dice a quienes defendemos una perspectiva radical de separarnos del resto de la clase, de pretenciosos iluminados separados de la realidad social, que no entendemos lo contradictorio de la misma. Pero ese es justamente nuestro punto de partida por el cual luchamos por la revolución: **superar nuestra realidad contradictoria como clase.**

El proletariado como contradicción

Todas estas determinaciones actúan socialmente configurando una existencia contradictoria en cada aspecto de la vida social. Si se tratara tan solo de una contradicción entre el "campo proletario" y el "campo burgués" sería relativamente sencillo, pero la contradicción está en la misma esencia del proletariado. **Nuestra clase expresa —como ninguna en la historia— las contradicciones sociales en su propio seno.**

Producimos valor a la vez que somos una traba para su desarrollo. Trabajamos para vivir y perdemos la vida trabajando.

La inversión es tal, la abstracción domina en tal medida la vida sensible, que la lógica del valor actúa como si no existiese lo concreto y encuentra en este una resistencia desde el hecho de existir finitamente ante una reproducción pretendidamente

infinita. Se trate de un "recurso natural" o un "recurso humano" son para el Capital un medio, casi un mal necesario para que al final de la operación haya más dinero que al comienzo.

Las fórmulas que victimizan y determinan como sujeto forzada y necesariamente revolucionario al proletariado no suelen tomar en cuenta que en la cotidianidad somos también un factor de producción y que, por ello, nos oponemos entre sí de la misma forma que los diferentes capitalistas lo hacen permanentemente, por ser una clase al interior del Capital y en algún modo comportarnos como mero capital variable.

El automovilista que camino a su trabajo insulta a otros trabajadores que cortan la ruta por un reclamo laboral, puede hallarse en la situación contraria el mes siguiente. El inmigrante que logra con mucho esfuerzo integrarse laboralmente en una nueva región, desprecia a los inmigrantes que le siguen y "roban su trabajo".

Pero no se trata simplemente de concientizar sobre este proceso. Incluso quienes tienen cierta sensibilidad ante estos fenómenos, no pueden evitar encontrarse en el seno de la contradicción misma; Que solo podrá resolverse haciéndola estallar, sin tomar partido por ningún polo de la contradicción. Ni el trabajo vivo sobre el muerto, ni el productor sobre la mercancía, ni ningún tipo de esperanza moralista puede emanciparnos del Capital en su propio interior, ahogados en sus propias categorías.

«Cuando el trabajo y el capital se fusionan, la comunidad material del capital se presenta ante la sociedad como la comunidad humana: allí donde uno cree estar tratando con el ser humano, solo se topa con el valor y su materialización en forma de mercancías. No obstante, bajo la comunidad material del capital vive y se desarrolla la comunidad humana; bajo los deseos alienados viven los deseos, y el sistema produce su propia subversión.» (Négation, *El proletariado como destructor del trabajo*)

En una disociación personal verdaderamente agobiante nos sometemos a elevar las ganancias de los burgueses y a luchar contra ello al mismo tiempo. **Es nuestra lucha como clase al interior del Capital y como la clase a la que la sociedad no considera como tal, para la cual ya ha sido abolida la propiedad.** Es la lucha entre la supervivencia y la vida.

Nuestros intereses y los de la burguesía solo pueden coincidir en nuestra supervivencia, en el acostumbramiento a la miseria y las migajas. Entonces, ¿por qué compartir un mismo horizonte? ¿Qué sentido tiene transitar el camino trazado por el enemigo cuando no se precisa lo mismo que él? ¿Qué sentido tiene usar sus formas organizativas? Ninguno, porque sus formas organizativas así como sus anhelos y todo su imaginario, emanan justamente del mundo del Capital.

Valorización/desvalorización

Extraído de *Notas contra la dictadura de la economía*. Revista Comunismo nro. 39. del Grupo Comunista Internacionalista.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Para valorizarse, el valor debe ser invertido en dos partes, una en capital constante (compra de maquinaria, de edificios, de materias primas...), otra en capital variable (compra de la fuerza de trabajo). El valor de la primera parte es trasmitido al producto final por el trabajo, quedando la misma constante, de ahí su denominación. La segunda parte por el contrario, el capital variable que se destinó a la compra de la fuerza de trabajo, aumentará por la acción misma de esa fuerza de trabajo, es decir por el trabajo. Es esta parte la que produce el plusvalor. En efecto, la fuerza de trabajo es la única mercancía capaz de aportar más valor, la única fuente de ganancia para los capitalistas.

La competencia inherente al Capital obliga a cada capitalista a producir lo más barato posible para imponerse en el mercado frente a sus competidores, si no quiere ser barrido por éstos. Para ello debe obligatoriamente aumentar la productividad de su empresa, es decir producir lo mismo con menos trabajo o más precisamente producir lo mismo pagando menos salarios. **Este aumento de la productividad pasa por un crecimiento de los equipos, de la infraestructura (capital constante) y una disminución relativa de la importancia de la fuerza de trabajo (capital variable), lo que tiene como consecuencia que se incorpore cada vez menos trabajo vivo en los productos e implica evidentemente una pérdida de valor de los productos y también en los medios de producción: es decir una desvalorización.**

Para contrarrestar este efecto de desvalorización unitaria de sus productos los capitalistas intentan aumentar la masa de los mismos aumentando más aun el capital constante frente al capital variable (es decir aumento aun mayor de la composición orgánica del capital)... ¡lo que socialmente refuerza más la desvalorización! La masa de mercancías producidas aumentará pero cada mercancía contendrá unitariamente menos trabajo humano y por lo tanto menos valor agregado. Recordemos igualmente que el valor solo se realiza cuando la mercancía es vendida y el aumento de la masa dificulta esa parte del ciclo de valorización (la realización del valor). Si no se encuentra comprador, el valor no se realiza y habrá otra desvalorización.

Pero con la generalización del aumento de la productividad, a la que son obligados todos los capitalistas si quieren seguir en el mercado, la cantidad de trabajo contenida en cada producto final disminuye, así como la cantidad de trabajo que contienen los medios de producción que intervienen en la producción de esas mercancías... y en última instancia, es el valor de la totalidad de productos y de los medios de producción el que disminuye. La desvalorización es cada vez más violenta.

Todo ese movimiento produce "la crisis". La masa de capitales existentes tiene cada vez más dificultades para valorizarse. Es un período de quiebras, de destrucción de stocks invendidos,

de elevados porcentajes de medios de producción paralizados, desocupación, disminución de salarios reales... Al principio esta depuración resulta suficiente y la destrucción de capitales permite a los competidores reactivar su actividad, lo que produce una nueva fase activa del ciclo. Pero a la larga ese tipo de destrucciones cíclicas resulta insuficiente y el capital necesita destruir la mercancía excedentaria en gran escala para permitir una valorización más durable: es la guerra generalizada. En la guerra generalizada hay destrucción general de capital constante (infraestructura, fábricas, stocks...) y de capital variable (masacre de proletarios en todos los frentes). Por ese medio el capital obtiene una desvalorización brutal por la destrucción pura y simple de las cosas y los hombres que funcionan como capital.

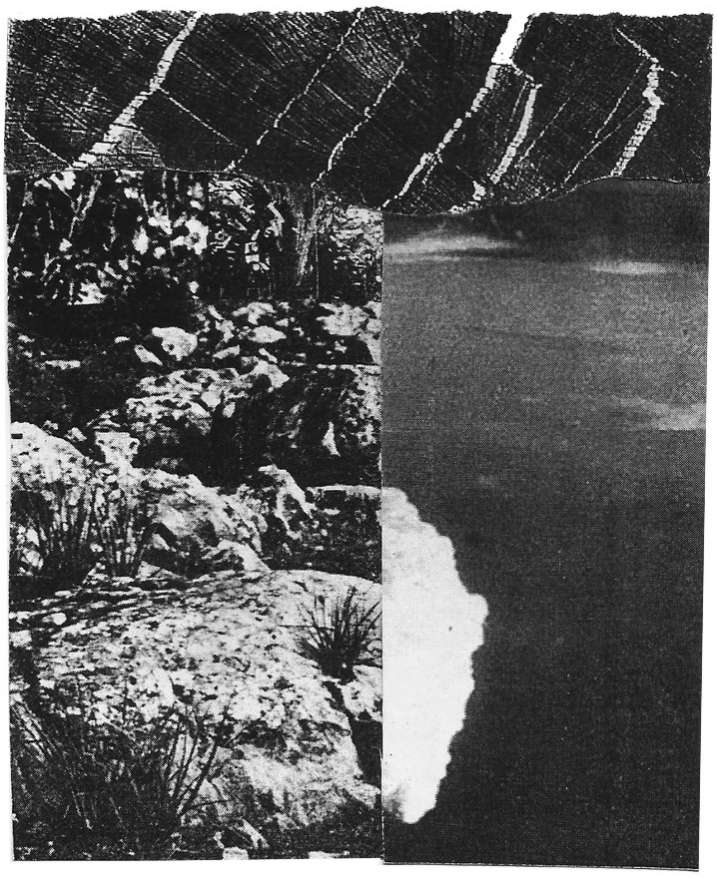
¡Se limita la reducción general del valor en base a la destrucción de los objetos que contienen el valor! Esta paradoja aparente se explica por el hecho de que la destrucción del capital constante da un nuevo impulso a la valorización. Se inicia la reconstrucción en base al hecho de que la proporción de capital constante disminuyó brutalmente en relación al capital variable. Y se vuelve así a comenzar un nuevo ciclo hasta una nueva generalización de la guerra...

Se podría pensar que el Capital realiza ese círculo de una manera infinita, pero eso no es más que una ilusión, dado que el ciclo no es nunca el mismo, cada vez se parte de un punto más alto de productividad, de incorporación de la técnica al aparato productivo, lo que hace que la acumulación sea cada vez más importante y que también requiera una destrucción mayor. Se trata más de un proceso en espiral expansivo y no de un proceso circular en el que se vuelve al punto de partida. Con el tiempo la burguesía aprendió a retardar la crisis depresiva (destrucción de stocks, reestructuración, capital ficticio, aumento artificial de la demanda efectiva...) pero cuanto más se retrasa la misma, más importante y mayor será la cantidad de capital excedentario que necesita ser destruido.

NOTAS SOBRE EL CAPITAL FICTICIO

Entre los diversos mecanismos que el Capital emplea para contrarrestar la contradicción entre valorización y desvalorización, el capital ficticio ha ocupado un lugar decisivo en las últimas décadas junto a la guerra imperialista y el constante avance en la explotación del proletariado (todo íntimamente interrelacionado).

La importancia histórica del capital ficticio es fundamental para sostener con vida un sujeto que envejece y amortiguar las irresolubles contradicciones que genera aplazándolas en el tiempo (irresolubles desde la óptica burguesa no desde la proletaria que contiene su resolución con la abolición de esa forma social por medio de la revolución). Solo comprendiendo ese desarrollo histórico en el que el Capital tiene cada vez más dificultades para renovar sus ciclos reproductivos (D–M–D') puede situarse la dimensión incalculable de capital ficticio existente. **La socialdemocracia critica las finanzas como una garrapata que chuparía la sangre a la economía productiva, industrial, economía que gozaría de buena salud sino fuera por la intervención de esas finanzas.** Es la ideología de moda. La concepción vulgar que les orienta les impide comprender que son precisamente los límites y contradicciones de la "economía productiva" la que ha multiplicado las finanzas, y estas últimas han dado vida artificial a la "economía productiva". El capitalismo no se está pudriendo por el capital ficticio, sino que se pudre la forma social que adquiere este modo de producción en su conjunto. Las finanzas funcionan como un congelador con la carne en proceso de putrefacción: no impide su putrefacción, sino que retarda y aplaza en el tiempo el proceso. Pero, a su vez, el capital ficticio influye más en el proceso de reproducción del Capital que el congelador en la carne, ya que no solo retarda, sino que da nuevos bríos, nueva juventud al Capital, como si borrase todas las contradicciones que le amenazan.



Por lo tanto, en una dinámica histórica en la que el proceso de valorización implica un proceso de desvalorización, la utilización del crédito se comienza a disparar, ya que si la producción de valor se reduce en relación al capital invertido, su reproducción mediante nuevas inversiones, cada vez más elevadas por el aumento del capital fijo, precisa de nuevas fuentes de dinero que no provienen del propio ciclo de ese capital, pues la propia valorización no puede garantizarlas. **La expansión y multiplicación del crédito tiene pues su origen en los problemas de reproducción del Capital. Como afirma Kurz «el capital que devenga interés se presenta como un mecanismo de respiración artificial para un sistema económico que pierde progresivamente vigor.»**

Los bancos se convierten en una herramienta fundamental para el desarrollo del crédito pues centralizan todo el dinero "aparcado" de la sociedad presto a ser utilizado en préstamo. El desarrollo de los bancos como sector clave del crédito va parejo del desarrollo del capitalismo, pero su peso social es directamente proporcional a las grandes inversiones en capital constante y se convierten en la pieza clave de los ciclos de reproducción

de capital. Solo cuando son capaces de centralizar el dinero de toda la sociedad asumen plenamente esta función específica. Así, tras las grandes quiebras de bancos entre las décadas de 1850 y 1860 van apareciendo bancos comerciales con grandes redes de ahorro, hasta la aparición del *Credit Agricole* hacia fines del siglo XIX, primer banco de depósitos del mundo, que será la tendencia desde entonces: centralizar todos los ahorros de la sociedad y ponerlos en movimiento para la reproducción de capital mediante el crédito. Todo parece ir en la lógica del valor en la medida en que el ciclo reproductivo D–M–D' se realice con éxito y el prestamista reciba su dinero junto con su correspondiente interés. El crédito no presenta aquí, dentro de la lógica de valorización, más que un desfase temporal, al ser un compromiso de producción y ganancias venideras. Sin embargo, las dificultades de valorización del ciclo productivo, como consecuencia del desarrollo científico–técnico y el descenso de la tasa de ganancia, crearán serios problemas para realizar los ciclos provocando una situación comprometida. Es precisamente en este contexto donde Marx enclava la aparición de ese elemento determinante que es el capital ficticio.

Por lo tanto, el movimiento D–D' propio del capital que devenga interés se encuentra en aprietos cuando la reproducción del capital D–M–D' en la que el D prestado se invierte se desmorona. Entonces el proceso de valorización no puede pagar los créditos que tiene comprometidos. La proyección temporal se rompe, la producción futura no solo ha fracasado echando por los suelos las estimaciones de ganancia, sino que en muchos casos no ha conseguido ni conservar la mitad del D original. El crédito no se puede pagar. Pero el capitalista prestatario —y el Capital en general— encuentra una salida: paga esos *créditos inseguros* (o de riesgo) con nuevos créditos que obtiene, creando así toda una cadena de créditos. La dinámica del Capital no hace más que poner constantemente estas condiciones para la *colonización* de la reproducción por el capital ficticio. Así, se multiplica un dinero crediticio que se desvincula de la sustancia pero actúa como si fuera parte del proceso real de valorización. La masa de dinero crediticio se multiplica (hasta límites indescifrables en la actualidad), manteniendo y extendiendo más allá de todo límite la proyección temporal. Están aquí sentadas las bases para una separación indefinida entre el dinero y su sustancia (trabajo abstracto). La realidad nos muestra en toda la historia que, como dice Marx, la unidad interna se abre paso, tarde o temprano, aunque sea por la violencia: la cadena ficticia de créditos terminará por hundirse al alcanzar sus límites el movimiento D–D' y la cadena de reembolso de intereses. Solo hay que ver que **la historia de estas montañas de dinero crediticio es la historia de su caída**. Cuando la magnitud alcanzada no puede seguir desarrollándose la escalera de naipes se viene abajo uno a uno. «El crédito, que es un beneficio consumido antes de haberse realizado, puede posponer el momento en el que el capitalismo alcance sus límites sistémicos, pero no puede abolirlos.» (Amselm Jappe, *Crédito a muerte*)

Por supuesto, una vez echadas esas bases de separación entre el dinero y su sustancia como única forma de mantener este sistema irracional, el propio sistema requerirá cada vez más, de una forma insaciable, esta forma de reproducirse e insertará mediaciones cada vez más complejas que harán de este proceso crediticio y ficticio algo tan indescifrable y generalizado que proyectará en la cabeza de los economistas y demás analistas que el dinero tiene la cualidad de generar dinero, que el valor funciona sin su sustancia. Tal como en otras épocas, estos economistas no harán sino expresar y reivindicar las necesidades del Capital, es decir, desatar cualquier atadura que dificulte afirmarse a ese dinero sin valor. Así como los fisiócratas, mercantilistas, keynesianos, liberales… expresaron y reivindicaron las necesidades de desarrollo concreto del Capital cuando dominaban sus teorías entre los economistas, los nuevos apologetas del dinero sin valor cumplen ese mismo papel histórico desde hace décadas.

Este proceso de consolidación del capital ficticio, de desvinculación del valor de su sustancia (el trabajo abstracto) es imposible sin la ruptura de lo que ata al dinero con los ciclos de reproducción D–M–D'. Ya en el propio sistema crediticio el anclaje del dinero a su sustancia (representada históricamente en oro) suponía una atadura que impedía al capital ficticio levantar vuelo. La constante tendencia a deshacerse de esa atadura ya viene de muy atrás, con sus idas y venidas en la política monetaria. En el siglo XIX y principios del XX los Estados soltaban riendas en los períodos de expansión y echaban el ancla en los períodos de recesión. Pero **las condiciones para que el dinero busque desligarse de su sustancia son más acuciantes cuanto mayor importancia adquiere el crédito en la reproducción del capital global**.

Mientras que el incremento del crédito y del capital ficticio en las décadas anteriores a los 60–70 del siglo pasado, todavía seguía relativamente el ritmo de la acumulación real, y su función social era agilizar y dar impulso a esos ciclos para realizarse, a partir de finales de los 60 la dinámica se invierte. El problema ya no es que los ciclos de reproducción requieran dinero crediticio para realizarse, sino que cada vez la tasa de ganancia es más escuálida para los emprendimientos productivos del Capital, lo que hace que el keynesianismo sea inútil. En ese sentido, solo una parte del dinero crediticio se empleaba en los ciclos de reproducción D–M–D', pues la tasa de ganancia se hundía. La inflación refleja que el dinero aumentó, tanto absoluta como relativamente, frente al valor conjunto de todas las mercancías producidas. Y tal como exponía ya Marx frente a la teoría cuantitativa del dinero, si la producción no crece en sintonía con el incremento de los medios de cambio, el dinero se deprecia. La acumulación de capital se muestra ya a finales de los 60 de gran debilidad junto con una desvalorización creciente del dinero. La deuda pública se disparó disociándose de la futura producción de valor. El capitalismo formaliza lo que es una realidad, la convertibilidad del dólar se abandona.

«Cuando, en los años 70 del siglo pasado se hizo formal la desligación del dólar respecto al oro, ya de sí atenuada y apenas válida para portadores estatales e institucionales, estaban ya subvertidos, en el fondo, los cimientos del medio del fin–en–sí capitalista. Mas eso de ningún modo fue encarado

así; el potencial de crisis de este proceso y su remisión hacia una tendencia hacia la autodesvalorización total del capitalismo fueron, en larga medida, ignorados. A través de su percepción positivista, la ciencia y el sentido común solo podían y querían apercibirse de un "hecho" monetario que, por alguna razón, estaba ahora alterado; el dinero parecía haberse simplemente desprendido de su substancia y (considerada superficialmente) base metálica para, de ahí en adelante, continuar funcionando alegremente más allá de cualquier cobertura en oro. Y así ocurría realmente. Tanto mejor para la expansión del crédito y para el capitalismo, liberado de incómodas inhibiciones en cuanto a su materia monetaria. Las antiguas teorías del dinero, evidentemente incluyendo sobre todo la de Marx, no habían sido más que un error "substancialista". Tal percepción muestra como la consciencia afirmativa está inclinada, en virtud de su modo de pensar positivista, a reinterpretar, hasta la prueba práctica de lo contrario (y más allá de ella), a todos los fenómenos que apuntan hacia la proximidad del límite interno absoluto, como otras tantas alteraciones positivas y auto–sustentadas del capitalismo. El presupuesto de todo esto es que ni siquiera existe una ley interna objetivada del capital, se trata solamente de una resultante de luchas entre interpretaciones y relaciones de fuerzas subjetivas.

Semejante percepción ignorante solo era posible porque la desvalorización del dinero (en analogía con la caída de la tasa de ganancia) todavía se procesaba como un desarrollo astuto que, sin embargo, ya presentaba algunas anomalías peligrosas. Independientemente del pretexto —que, de inicio, era meramente la economía de guerra, por detrás de la cual, con todo, acechaba un complejo causal de implicaciones más profundas—, en el inicio del siglo XX se puso en marcha el proceso de una enorme inflación secular que, aunque avanzando por brotes desiguales, nunca se detuvo por completo. Así, los especialistas en historia económica investigaban que, en los EE. UU., una determinada mezcla de productos típicos de uso doméstico y alimentarios podía ser obtenido por 100 dólares en el año 1790. En el año 1913, costaba 108 dólares, de modo que los precios se mantuvieron estables a lo largo de más de un siglo. En el año 2008, todavía, la misma mezcla de productos costaba 2422 dólares. Este ejemplo muestra la drástica ruptura cualitativa en el carácter de la materia monetaria capitalista. El proceso histórico de la desvalorización del dinero se hizo sentir siempre y de forma más o menos incisiva y decisiva en el *día–a–día* y en los balances empíricos del capital; sin embargo, parecía que la inflación secular podía ser mantenida bajo control, aunque siempre fue considerada un peligro, sin que nadie hubiese comprendido el nexo interno.» (Robert Kurz, *Dinero sin valor. Líneas generales para la transformación de la crítica de la economía política*)

Llegado a este punto de desarrollo cualquier regreso al patrón oro se presenta imposible sin hacer inmediatamente presente todo el terremoto de contradicciones del Capital. El cauce de dinero crediticio es de tal volumen que no puede ser relacionado con la auténtica sustancia de valor, representada a través del oro. Es evidente que esta desustancialización lleva a un proceso histórico de inflación como Robert Kurz expone en la cita anterior. Mientras que algunos países logran que no se desorbite la inflación por el peso que ocupan en la actualidad en el mercado mundial —aunque desde el 2008 empiezan a tambalearse—, la mayoría del proletariado internacional está sufriendo las consecuencias imposibilitado de sobrevivir con una inflación que supera los dos dígitos, o como dice Kurz «la mayoría de la humanidad se ve ante las consecuencias de las políticas monetarias: la hiperinflación a tasas entre mil y un millón por ciento».

Junto a ese proceso de «dinero sin sustancia» propio del desarrollo del capital ficticio se desarrolla todo un entramado de mediaciones. Todo el desarrollo histórico de esa tendencia del Capital, de vencer las limitaciones de lo concreto, se agudizan en el último siglo, especialmente en las últimas décadas. **Las maneras de acumular capital ficticio se han multiplicado hasta el punto que hoy es imposible saber qué porcentaje proviene de transacciones reales y cuáles de ficticias.**

Marx analizó ya en su tiempo la deuda pública y las acciones como actores principales en su tiempo de esta tendencia. En el primer caso, observó como el capital destinado a comprar títulos de deuda pública en realidad nunca se invierte, pues se utiliza para financiar el déficit público. Al cubrir un gasto pasado no puede utilizarse en un ciclo de reproducción. En realidad, el interés que reciben los propietarios de los títulos de deuda consiste en una participación en los ingresos estatales (como los impuestos). En el caso de las acciones hay que tener en cuenta que, después de la emisión de acciones para una determinada financiación de una empresa, el capital continúa existiendo de forma independiente. Es decir, no solo como resultado del capital invertido, sino por la capitalización de las acciones a traveś de su sucesiva venta en los mercados bursátiles. Con el tiempo, el precio de mercado de las mismas podrá llegar a representar una suma de dinero sin relación alguna con el valor nominal establecido en la emisión inicial.

Sin embargo, hay muchos más inventos financieros como los derivados, que son productos financieros que se refieren a otros productos de su tipo. Como en las acciones, los derivados se emiten en un principio con una referencia directa en el proceso de reproducción, aunque luego tienden a autonomizarse de su relación con la referencia (como la burbuja de las hipotecas en la vivienda en EE. UU). Otra forma son los contratos de futuro (contrato donde el comprador y el vendedor pactan la entrega en un plazo determinado con un precio estimado según las tendencias del mercado). Debido a la ganancia que se puede obtener con la diferencia entre ese precio conseguido y el final se producen presiones artificiales sobre el mercado. En esos contratos especular con esa diferencia es muchas veces el negocio (en el caso del petróleo se ve como toda la proyección temporal se esfuma: con el aumento disparado del precio hace unos años y la tendencia a subir más —con la amenaza de su agotamiento— algunas compañías hicieron contratos de futuro comprando petróleo para muchos años, poco después el precio comenzó a bajar).

Los límites del capital ficticio

«Casi todo el pensamiento burgués refleja también la lógica del valor en que supone la existencia de una forma independizada que puede continuar desarrollándose eternamente sin encontrarse jamás con la resistencia de un contenido o de una sustancia. Los economistas burgueses razonan siempre en términos cuantitativos y creen que se puede aumentar el valor a voluntad, sin tener que temer ningún límite objetivo, como la capacidad limitada de consumo que tiene la sociedad, las leyes que derivan del valor de uso del capital fijo o el carácter limitado de los recursos naturales y de la fuerza de trabajo disponible. Mientras estos últimos datos son, mas o menos naturales, son mucho más los límites que, aunque son sociales, a causa de su carácter fetichista asumen un aspecto casi natural, como es el caso de la caída de la tasa de ganancia o de la sobreproducción. La forma, en cuanto es algo pensado, es cuantitativamente ilimitada, mientras que el contenido siempre tiene límites. La convicción según la cual se podría manipular la realidad hasta el infinito se hunde como muy tarde con la crisis: la existencia de una realidad ineludible, de una sustancia que tiene sus propias leyes, sale entonces a la luz.» (Anselm Jappe, *Crédito a muerte*)

Endeudamiento estatal, dinero ficticio, decenas de categorías producto del mercado financiero, titulización, obligaciones… todo eso se ha vuelto incontrolable e insaciable. Los capitalistas, los economistas... todos creen en esa ficción que se manifiesta real y creen haber burlado a la ley del valor. **La producción de plusvalor que solo se genera en el ciclo D–M–D' es cada vez más irrisoria al lado de las montañas de capital ficticio. El dinero cree haberse liberado de la dictadura de su sustancia, la moneda cree haberse emancipado para siempre de su condición de simple signo de valor. La ficción parece instaurada para la eternidad.** Como Marx insiste, la propia separación de la compra y la venta que articula el dinero y su función como medio de pago contiene la posibilidad de proyectar en el tiempo las transacciones. Evidentemente lo mismo pasa en los ciclos de reproducción de capital, de ahí que la ficción pueda funcionar.

Pero la ficción solo puede buscar ocupar la realidad, cuando la realidad contiene las bases materiales para la ficción. Por lo tanto la ficción no se derrumba como mera ficción, sino que su derrumbe expresa el derrumbe de sus mismas bases materiales. Toda esta ficción no tiene imaginación, como decía Marx, ya que toda su edificación no va más allá de la producción actual proyectada en el tiempo. En cuanto esa proyección ya no puede mantenerse más sobre el suelo firme, se desmorona. Allí donde un beneficio o un simple ingreso futuro se desploma, pues la base de su despliegue se cae en el presente como realidad, la ficción viene a pique. Por eso, el Capital exprime y rastrea todo lo que aporte valorización real (es decir fruto del proceso productivo real), por muy insignificante que sea la ganancia que realice. Toda inyección de valorización real es una gota de agua en el desierto —por el estado de la tasa de ganancia— pero es transformada en un oasis por la interacción con el capital ficticio que proyecta en el tiempo esa valorización. Sin un punto de referencia que esté en el origen de toda la montaña de referencias, todo cae por los suelos. Así, conforme las burbujas financieras van estallando de forma ininterrumpida, nuevas burbujas se levantan sobre nuevos ciclos de reproducción de capital (D–M–D').

Por lo tanto, no se puede comprender el límite del capital ficticio si desligamos que su base es la transferencia al presente de un valor futuro que está ligado a un recurso presente que no puede ser creado en el espacio ficticio, sino sobre un ciclo de reproducción real.

La desvinculación del dinero respecto a su sustancia contiene por tanto unos límites temporales infranqueables. Allí donde la unidad se comprueba imposible, el capital ficticio pierde su base. Ahí no se trata ya simplemente de una separación temporal entre el trabajo abstracto y el dinero, sino que su unidad en el tiempo queda totalmente negada presentándose la realización futura de trabajo abstracto (la sustancia) como algo imposible y el dinero por lo tanto un dinero sin su sustancia. Negar esta realidad social es edificar una potencia independiente e ilimitada. Hasta los vendedores de esas ficciones son conscientes a cierto nivel de esta cuestión. Así, hemos visto como sectores tan importantes como el mercado inmobiliario, las punto com, las criptomonedas… han pasado de ser sectores claves en la producción de capital ficticio a convertirse en expresiones de desvalorización. Pese a que se reinician nuevas "burburjas" con nuevos bríos, incluso en esos sectores afectados, la lógica sobre la que se sustentan no les augura más perspectiva que nuevas desvalorizaciones.

La crisis financiera de los últimos años, salvo en el 2008, todavía no se ha presentado a un nivel generalizado y liquidador. Estallan aquí y allá burbujas financieras en un proceso interrumpido. El Capital mundial trata de protegerse creando ficciones ideológicas entre bancos malos–bancos buenos, productos tóxicos–productos sanos, créditos seguros–créditos de riesgo… pero todo el mundo, pese a la difusión de propaganda de que todo va viento en popa, percibe que esto no puede más que traer nuevos problemas. Las contradicciones no dejan de agudizarse.

Caminamos hacia una desvalorización sin precedentes que por el momento está sesgando la vida de gran parte del proletariado mundial. Aunque nuestra clase trata de contraponerse, sus luchas acaban aplastadas o/y encuadradas en facciones burguesas. Por el momento, ese proceso de sacudidas continúa, pese a todas las buenas noticias que intentan propagar los apologetas del Capital. Es muy difícil predecir cómo seguirá presentandosé la crisis de valorización como consecuencia de una lógica interna que creyó esquivar para siempre: la de su sustancia, el trabajo abstracto… Lo que si es seguro es que nuestra clase será la única que le pueda dar la estocada, al recargar sobre ella todas las penurias. La necesidad de la solución revolucionaria es cada vez más acuciante y, sin embargo, nunca estuvimos tan débiles a nivel de afirmación de nuestro programa.

NO HAY POLÍTICA CONTRA LA DICTADURA DEL VALOR

Entonces ¿todo es valor en este mundo capitalista? La respuesta es negativa pero no por ello expresa una realidad menos perversa.

La crítica a la valorización de la vida no busca indicar que absolutamente todo sea mercantilizado de la misma manera y que todas las actividades que realizamos sean trabajo. Busca indicar que producción y reproducción de la sociedad capitalista en su conjunto se desarrollan, directa o indirectamente, en torno a la producción de valor.

En esta sociedad muchos aspectos de nuestra vida no se desarrollan bajo la forma de un intercambio de equivalentes ni son cuantificables como cantidad de trabajo abstracto. Sin embargo, esto no se encuentra por fuera de la lógica del valor. Diversas actividades de afecto y de cuidado, tanto como otras más desagradables, no han sido creadas por el valor; sin embargo, han sido absorbidas y hasta modificadas por este. Y no reducimos el análisis a relaciones interpersonales entre conocidos y cercanos sino a la sociedad toda. Nos referimos a cómo **el Capital ha ido apropiándose e integrando a su propia dinámica diversos aspectos de la vida social, modificándolos. Y que no podría existir sin ellos. El Capital no podría existir si tan solo nos comportásemos como capital variable** del mismo modo que una empresa no puede existir si todos sus empleados cumpliesen cada una de las reglamentaciones en la totalidad de la jornada laboral.[32]

Hemos intentado expresar a lo largo de todo este número como el valor no se limita a ser una forma meramente económica y que en el capitalismo lo abstracto tiende a dominar lo real. No porque nos representemos la realidad de manera invertida, sino porque el valor invierte la realidad, y a eso hace referencia la noción de fetichismo de la mercancía.

Exigir "más democracia" contra los embates de la economía es un sinsentido. La democracia en tanto que igualdad y libertad es la realización propia de la economía. Al igual que las mercancías, los ciudadanos son igualados. La democracia hace abstracción de las desigualdades sociales y nos reduce a ciudadanos con igualdad de derechos.

La igualdad, como concepto dominante de nuestra época, proviene justamente de esta realidad, de la materialización del valor, de la compra y la venta, del mercado. **Este "misterioso" proceso de igualación, que opera a partir del valor, es la clave de todo el derecho burgués que impregna el pensamiento de todos los oprimidos**. Por tanto no se es democratizado solo cuando se va a votar.

«La mistificación no es un fenómeno deseado por los hombres de la clase dominante, no es un engaño inventado por ellos. Si fuese así sería suficiente una simple propaganda adecuada para extirparla del cerebro de los hombres. En realidad surge y se alberga en lo más profundo de la estructura social, en las relaciones sociales.» (Jacques Camatte, *La mistificación democrática*)

«Nosotros pensamos que la unidad histórica (y lógica) democracia–mercancía son dos aspectos de una misma realidad. La democracia no surge de la esclavitud (aunque coexista con ella), sino del comercio. En efecto, en esas sociedades antiguas donde la mercancía se encontraba en la periferia de la sociedad, la democracia también ocupaba ese lugar periférico, y solo adquiría una importancia interna en los centros comerciales como, por ejemplo, en Atenas. En la sociedad mercantil generalizada, en el capitalismo, la democracia se generaliza. Un conjunto de comunidades ficticias (no solo la patria, sino la raza, el partido, la religión, la región, el club de fútbol...) reproduce la ilusión de una comunidad como condición de la reproducción de la atomización del individuo.» (Miriam Qarmat, *Contra la democracia*)

¿Cómo podría entonces la democracia poner freno al Capital? ¿Cómo podrían los políticos poner freno a lo que administran?

32 La conocida *huelga de celo* consiste en el cumplimiento estricto de la normativa laboral, de salud e higiene y con rigurosa aplicación de las disposiciones de los convenios laborales, causando una paralización de la actividad empresarial como consecuencia de dicho comportamiento. El efecto de ralentización productiva se produce al llevar al extremo la interpretación, en algunos casos literal, de las normas jurídicas que regulan la actividad, provocando tiempos muertos en el proceso y una caída de la productividad.

¡Contra el Estado!

En Cuadernos de Negación nro. 4: *Sobre la destrucción del Estado* abordamos la crítica al Estado ligándola a la crítica de la economía:[33]

Lo que consideramos fundamental a saber es que **el Estado no es un enemigo por razones de gusto, afinidad moral o antipatía ideológica.** Lo es en tanto estructura de poder fundamental que garantiza nuestro sometimiento al trabajo asalariado, que permite y defiende la destrucción de la naturaleza en pos de la producción económica y garantiza la guerra como método de reorganización económica y de control social. (…)

Desde sus orígenes el Estado capitalista mundial se cristaliza en estados nacionales, pero no ha surgido en uno o varios países y desde allí se ha ido extendiendo. **El Capital surge del mercado mundial**, va desarrollándose, subsumiendo todas las formas de producción anteriores.

El desarrollo y poder de los Estados nacionales es el desarrollo y poder del Capital mundial, y en concreto, de cada átomo de Capital que para enfrentarse a otro —y en su desarrollo— se asocia y coaliga a otros átomos hasta estructurarse en fuerzas estatales contrapuestas. Sin perder de vista que, pese a su competencia, estos átomos son parte del Capital mundial.

Si rechazamos al Estado es porque **rechazamos todo un sistema de organización de lo social que lleva como conclusión al Estado. Su abolición es inseparable de la abolición del sistema de trabajo asalariado.** Por ello, la lucha contra el Estado no es una lucha política de aparato contra aparato: partidos políticos o grupos que aspiran al poder estatal de manera extraparlamentaria mediante, por ejemplo, la estrategia de la vía armada. (…) Es una lucha social, total y totalizadora.

Si esto lo señalamos es debido a la incomprensión de la organización social vigente, que suele ser confusamente separada como *política* por una parte, y *económica* por la otra. Este error de análisis —cuando ya no incrustado en el pensamiento como ideología que anula cualquier análisis al aceptar dogmas instituidos— se convierte en un gran obstáculo a la hora de cambiar esa realidad incomprendida.

(…) **El Estado no es tanto una entidad sino una actividad histórica y social**. Es el producto de una sociedad que, al llegar a cierto estadío de desarrollo y situada en un antagonismo social irreconciliable, **en el intento de perpetuarse encontró la forma de continuar y garantizar su existencia conservando, justamente, ese antagonismo social irreconciliable.** Garantizando también el libre desarrollo del valor, en un escenario de orden y garantías para su existencia.

El Estado moderno nació con la sociedad de clases, y tiene que mantener esas condiciones si precisa seguir existiendo. Esto es lo mismo que decir, entonces, que el Estado moderno se extinguirá con la sociedad de clases.

Es al comprender al Estado de forma histórica y social que comprendemos que su destrucción no puede ser instantánea, que **solo se podría destruir el Estado de la noche a la mañana si este no tuviese su raíz enterrada en el terreno de lo social.**

(…) **La destrucción del Estado, significa la destrucción de una sociedad que "necesita" de la existencia del Estado. Suponer cómo sería el mundo actual si no existiese su Estado,** supone pensar a la revolución como el asalto de una minoría al parlamento o como un partido político que gana las elecciones y debe hacerse cargo de la situación que le tocó en suerte. Es decir: es negar **la posibilidad de una revolución en tanto que acción masiva de destrucción y construcción total.**

◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Ante las necesidades y deseos humanos que pujan por fortalecer la lucha, coordinarla, radicalizarla, se opone toda la normalidad conservadora de los devotos del Capital. El reformismo es un enemigo, a veces más potente que la represión abierta, es en definitiva una variante represiva contra la acción revolucionaria. **Re–formar: re hacer la forma conservando el contenido**, mediante el politicismo o el gestionismo.

Así como el proletariado no puede tomar el poder estatal para su propio beneficio tampoco puede tomar la producción capitalista para su propio beneficio. Así como los seres humanos esclavizados no luchaban por una república de esclavos sino por su emancipación, nosotros proletarizados no debemos luchar por una sociedad de proletarios sino por la emancipación total.

Todos los reformistas, aspirantes al gobierno o fanáticos de la autogestión no comprenden la ruptura entre capitalismo y comunismo. Su intención de encadenarnos a la maquinaria estatal y productiva tiene por objetivo, conciente o no, encerrarnos en el razonamiento capitalista que no ve nada fuera de su propio interior. Suponen el comunismo como una nueva forma de gobierno, como un conjunto de innovaciones laborales.

Actuando a imagen y semejanza del Capital los explotados suponen resistir al comercio comerciando o a la política votando… exigiendo aún más democracia.

Reafirmamos que la alternativa para los esclavos asalariados no está en el hecho de tener un gobierno más a la izquierda o más a la derecha o en participar en el constante agravio y reprobación entre una organización política partidista y otra. La contradicción fundamental se encuentra entre la dictadura de la burguesía y el desarrollo del comunismo y la anarquía, es decir, la destrucción de la explotación, el Estado, el valor y la sociedad de clases.

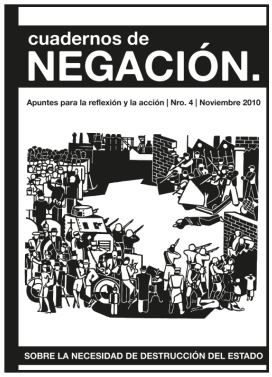
33 Esta fue retomada en el nro. 9 en el apartado *E pluribus unum*.

NÚMEROS ANTERIORES

3 Si hoy respirar, alimentarse, abrigarse, divertirse o buscar amor está condicionado por la necesidad de la comercialización, no significa que siempre fue así o que deba seguir siéndolo.

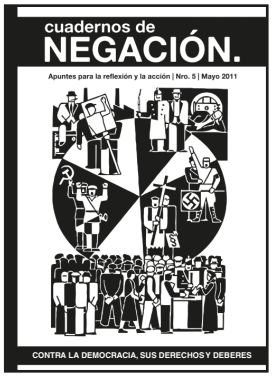
Hoy toda relación social lleva el sello de la mercancía, ésta ha ocupado la totalidad de la vida social. Incluso los seres humanos nos vemos unos a otros como mercancías.

El capitalismo, como relación social y no sólo como concepto, es la sociedad mercantil generalizada, una sociedad en la que toda la producción es producción de mercancías: la dictadura totalitaria y generalizada de la ley del valor contra los seres humanos.

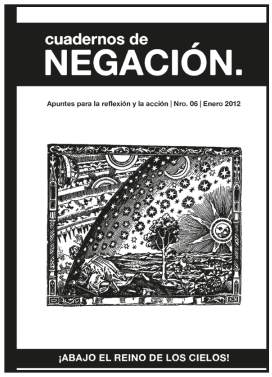


4 El Estado no es un enemigo por razones de gusto, afinidad moral o antipatía ideológica. Lo es en tanto estructura de poder fundamental que garantiza nuestro sometimiento al trabajo asalariado, que permite y defiende la destrucción de la naturaleza en pos de la producción económica y garantiza la guerra como método de reorganización económica y de control social.

Es nuestro enemigo, no porque quienes detentan el poder sean malas personas o estén motivados por ciegas ambiciones; es nuestro enemigo porque organiza y ordena el sometimiento de nuestras vidas en armonía con el Capital, ¡porque es el gobierno del Capital!



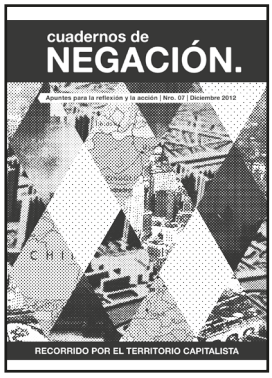
5 La alternativa para los esclavos asalariados no está en el hecho de tener un gobierno más a la izquierda o más a la derecha, en soportar el desprecio de los politiqueros pluralistas o la arrogancia de una oligarquía militar, en participar en el constante agravio y reprobación entre una organización política partidista y otra. La contradicción fundamental se encuentra entre dictadura de la burguesía —sean cuales sean los mecanismos puestos en marcha por esta clase para administrar la explotación— y el desarrollo del comunismo y la anarquía, es decir, la destrucción de la explotación, el Estado, el valor y la sociedad de clases.



6 La religión sobrepasa indudablemente a cualquier otra actividad humana en cantidad y variedad de tonterías. Si se considera además su papel como cómplice de la dominación de clase a través de la historia, no es sorprendente que haya atraído sobre sí el desprecio y el odio de cada vez más personas, en particular de los revolucionarios.

La religión continúa adaptándose, en su forma institucional o sin ella, a los pequeños cambios del modo de producción y reproducción de la vida, persistiendo bajo diferentes formas.

El movimiento revolucionario debe oponerse a la religión, pero tomando posición del otro lado de ella. No siendo menos que la religión, sino más.



7 Caminar de un punto a otro: siempre llegar.

El sentido de nuestro movimiento por las calles de las ciudades, o entre ciudades es uno: llegar a un punto en el espacio dispuesto ante nosotros como un circuito ordenado de tareas. El espacio ha sido reducido a cosa por el Capital, y como toda cosa en relación al Capital, encierra y oculta relaciones sociales, he ahí su carácter material y su carácter abstracto, presentados de manera indisociable. Podemos llamar a todo esto urbanismo, aunque se trata simplemente del territorio que ha subsumido el Capital.

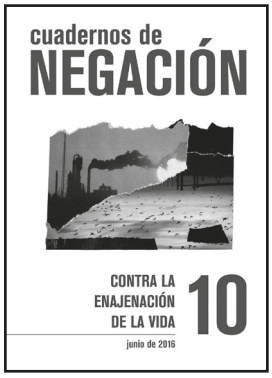
8 La ciencia, la tecnología y noción de progreso, no se encuentran por fuera del modo de producción capitalista, son parte constitutiva de éste y como una sola ideología imprimen un modo de percibir el mundo y de actuar en él.

La razón dominante es burguesa, porque en tanto que idea pero también como fuerza material, actúa en beneficio del Capital.

Hasta hoy, la gran mayoría de los llamados a la "revolución" han sido y son en nombre de la libertad y la igualdad burguesas, de la ciencia y la Razón, de la eficacia y el progreso... y ya es tiempo de romper con ello.

9 Si bien la mercancía, el Capital y el valor no explican absolutamente todo en esta sociedad, sin ellos no podemos comprender nada. La crítica de la economía, como podría suponerse, no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que, por el contrario, nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman.

La contraposición que queremos enunciar es tajante: no nos dedicaremos a la economía en cuanto parcialidad, en cuanto disciplina. Se trata de la lucha contra la economización de la vida, de la contraposición práctica entre las necesidades humanas y las necesidades de valorización del Capital.



10 En este número de Cuadernos damos continuidad a la crítica del dinero, del Capital como sujeto y fin último de la producción y reproducción de la sociedad, del fetichismo y la enajenación como la instrumentalización del mundo y todos los que habitamos en él.

Enajenación no significa simplemente la separación de nuestros medios de vida, hablamos de todo un proceso histórico mediante el cual se ha llegado a que nuestra propia existencia se nos presente como ajena, en una sociedad donde el objetivo no son las personas, ni tampoco las cosas, sino la producción por la producción misma, la valorización del Capital. Es todo un orden social que vivimos como ajeno e, inevitablemente inmersos en él, tenemos que enfrentar.

cuadernos de NEGACIÒN

El fundamento de la sociedad capitalista es la dictadura del valor en proceso, y la utilidad de los objetos producidos son solo un medio. El llamado valor de uso es solo un soporte del valor de cambio, del valor valorizándose.

Pero nada en ninguna parte posee naturalmente una cualidad tal como el valor. Esta es consecuencia del modo en que la sociedad organiza su producción. El valor y la mercancía, así como el dinero o el trabajo no son datos neutrales y transhistóricos, y mucho menos naturales y eternos, se trata de categorías básicas del capitalismo.

Valorizar la vida no significa poner la vida en el centro sino, por el contrario, situarla en la balanza económica.

cuadernosdenegacion.blogspot.com

cuadernosdenegacion@hotmail.com